

QUEMA SU MEMORIA

EDUARDO CORMICK

VIERNES

“Una tarde, al pasar frente a la ‘casa del cañón’ vi a un viejo vestido de negro, con el pelo blanco como la nieve y las patillas cortadas al antiguo estilo sobre su cara de un gris ceniciento, inmóvil junto a uno de los cañones y mirando a lo lejos. Sus ojos eran de color azul, el azul vago y tenue de un hombre cansado. Parecía no haberme visto siquiera cuando pasé a pocas yardas de él porque estaba mirando al dueño de casa. Era la primera vez que veía alguien allí. La vista del viejo me impresionó tan profundamente que no pude apartar su imagen de mi pensamiento y hablé de ello a mis conocidos de Buenos Aires. Pronto di con alguien que pudo saciar mi curiosidad. Me dijo que el viejo que yo había visto era el almirante Brown, un inglés que muchos años antes se había puesto al servicio de Rosas, mientras Rosas estaba en guerra con la vecina República del Uruguay, y que había llevado a cabo el sitio de la ciudad de Montevideo.”

GUILLERMO ENRIQUE HUDSON
Un vendedor de bagatelas

“Pronto hará un año que en una tarde apacible del pasado otoño visitaba al almirante Brown en su risueña morada de Barracas. Es aquí un albergue pintoresco y apacible, donde el audaz marino reposaba de sus fatigas en los mares procelosos de la vida.

Paseábamos en su jardín y hablábame él de sus campañas marítimas, de sus árboles y sus flores, de sus compañeros de armas, de los sentimientos elevados de patriotismo que le animaban, y de las memorias de su vida, que se ocupaba en escribir.

Su lenguaje era enérgico y sencillo, como lo es siempre el de los hombres que han pasado su vida en medio de la acción, y yo le encontraba la elocuencia de los altos hechos que su presencia hacía recordar.

Admirando la belleza del paisaje que se desenvolvía ante nuestros ojos, me inclinaba con respeto ante aquel monumento vivo de nuestras glorias navales, y encontraba sublime de majestad aquella noble figura que se levantaba plácida y serena después de tantas borrascas que la habían agitado. Aquel reposo modesto del que pasó su vida entre el estruendo de los cañones, el rumor de las olas y el bramido de los huracanes; aquel amor candoroso por las bellezas de la naturaleza; aquellos trabajos intelectuales, que reemplazaban para él los ásperos trabajos de la guerra; aquella serenidad del alma, sin ostentación, sin amargura y sin pretensiones, me revelaban que el almirante era un corazón generoso, un alma formada para amar y comprender lo bello y lo digno y bueno de atraer sobre su cabeza laureada las bendiciones del cielo, a la par que la admiración y las bendiciones de la humanidad.

Pocos días después el almirante me enviaba sus *Memorias*, con una carta en que me decía con el poeta: ‘Quiero acabar este trabajo antes de emprender el gran viaje hacia los sombríos mares de la muerte’.”

CNEL. BARTOLOMÉ MITRE
“Discurso fúnebre”

“¡Qué país, este país!”, se dijo don Guillermo. Escupió la punta de sus botas, las frotó con la fuerza del desencanto contra el pantalón, buscando brillos perdidos. No había brillo en las botas, ni espadas relucientes; no había bronce en los cañones ni marchas militares, ni gestos heroicos.

Había un cielo limpio, viento que soplaba el pasto del camino, y un caballo con un jinete-niño de pelo rubio y ojos azules, que lo estudiaba implacable.

“¡Qué país, este país!”, repitió. ¿Cuántas veces galopé por ese camino? ¿Cuántas veces monté caballos como ése? ¿Cuántos niños crucé? ¿Cuántos ojos como éstos me miraron?, ¿cuántos ojos me miraron como me miran éstos?, y tuvo un ademán brusco, un gesto de furia. El niño taloneó y el caballo, al trote, se perdió tras los árboles, rumbo a la Alameda.

Don Guillermo se irguió apoyando las manos en el respaldo del sillón que había mandado instalar bajo la magnolia, y vio perderse a jinete y caballo por la Alameda.

Este país parece ser, siempre parece, pero ¿cómo es? Como este niño me mira, así me indagan, me buscan en silencio, me provocan estos inoportunos interrogantes, a mi edad, en mi estado, ¿qué quieren de mí? Este niño, Mitre, que vendrá mañana, ¿qué quieren?

Don Guillermo tiene una mano en el bolsillo de su abrigo y en la otra un racimo de uvas pasas que come sin urgencia, esperando que el pellejo y las semillas se trituren entre sus dientes, muchos y sanos.

Aunque el reumatismo de su pierna derecha una vez quebrada y nunca bien repuesta se hace sentir con fuertes aguijonazos, don Guillermo camina entre los duraznos de jardín, los junquillos y azucenas hacia el rincón desde donde todas las mañanas se detiene a mirar el horizonte, más allá del camino que las autoridades bautizaron con su nombre y que él prefiere llamar con ese nombre que vecinos tan duros como él para hablar el español han llamado *camin nevu*. Más allá del *camin nevu*, detrás del territorio misterioso del tragaleguas (donde han venido a refugiarse, todos lo saben, los fieles morenos de Rosas, a media hora de trote desde la ciudad, pero donde el gobierno no llega con su mano), más allá puede adivinar la orilla mansa, barrosa, poblada de juncas, teros y nutrias, del río. Puede adivinar la orilla, la ve, su memoria le dice que está ahí, su olfato revive el olor penetrante del barro, su oído (a veces traicionero) le alcanza el rumor del viento que él conoció entre las velas impulsando sus ilusiones. Sabe que está ahí, lo saluda. Siempre lo hace. Siempre vivió oliendo agua, y siempre sobre el agua, en el viento, olió la guerra. Se crió con rumores de mar, con misteriosas misas en las montañas sobre fondo azul de mar y cielo, conoció su oficio sobre un mar bravo de piratas, y navegante al fin como aprendió a ser, fue en este mar de dulces ondas barrosas, en este río de dudosos canales, donde vino a ganar fama. ¡Salud!, extraño mar de historias equivocadas, engañoso Río de la Plata. El día comenzó con viento del este, y don Guillermo respira el aire húmedo del río, al saludarlo saluda la memoria de los que anduvieron con él sobre esos barcos insignificantes, a punto de zozobrar,

todos marineros temblando de gloria, de frío, de rabia, o de miedo, navegando noches luminosas de luna, días lluviosos, días sin razones para hacer nada, imposibles para hacer historia.

Hay un alboroto de zorzales en el *camin nevú*. La luz, pobre luz del sol que se filtra con dificultad entre los nubarrones, los excita. Se dejan caer sobre las ramas bajas de un ceibo, se balancean antes de lanzarse hacia arriba, hacia el cielo, al fondo de nada, buscándose; se persiguen sin dirección ni causa, chillan y vuelven, siempre vuelven al ceibo, al sauce que mueve sus ramas con el viento y toca el río. Hace calor. Mes de junio y hace calor. El abrigo está de más, pero no se lo quita, ni siquiera lo abre, continúa con una mano en el bolsillo, la otra con el ramito seco sin uvas, y oye su nombre desde la cocina. Es el momento del desayuno: Mary Agnes dispuso la tetera sobre la mesa del comedor, junto a las rodajas de budín tostado y manteca. Don Guillermo deja caer un chorro en la taza: le falta cuerpo; con una cuchara agita las hojas en el fondo, lo deja reposar mientras pone manteca a una rodaja de budín crocante. Vuelve a controlar el té y, satisfecho, llena la taza hasta el borde, agrega azúcar y revuelve. Toma la taza con ambas manos para que no lo traicione el pulso cansado. Sorbe despacio, saborea, disfruta el calor en la lengua. Unta otra rodaja con manteca y le clava los dientes.

Vuelve al té, lo mezcla en su boca con la masa y dice que ya está bien, no más de dos rodajas. Otra taza de té, que ahora endulza y toma sin darse pausa. Palpa sus mejillas, debería afeitarse pero prefiere volver al parque que ilumina y entibia el sol, estirar un poco las piernas

para que se vaya el frío que siente en los huesos. Mala señal tanto calor en esta época del año. Habrá temporal, en dos o tres días más habrá temporal. Él los conoce, debió enfrentarlos, montarse en ellos, aprovecharlos para tomar al adversario por sorpresa. En medio de los temporales les dio buenos sustos a los brasileños y godos; los ingleses conocieron las uñas de este tigre viejo, el pelo blanqueando y los hombros encorvados bajo el uniforme de gala que vestía en las batallas. Si el viento se mantiene del este se acumularán las nubes sobre el río, y la llovizna se instalará sobre los campos, volverá intransitables los caminos y las calles de la ciudad, detendrá el paso de los reseros que traen ganado del sur, frenará las carretas en sus trampas de barro, impondrá una pausa (¿un día, dos?) al movimiento cauto de los pájaros en invierno, de los zorros y las comadreas, de los hombres. O se desatará en fuerte aguacero con viento del norte, lavará las casas y los árboles y se retirará cuando el pampero sople y empuje las nubes más allá de las islas, más allá del Uruguay, para traer otra vez a Buenos Aires cristales de escarcha en los pastos y las lagunas, cantos de hornero modelando la tierra, sol brillando en un cielo sin nubes, y mucho frío. No puede prolongarse por muchos días este calor sin traer lluvia.

Mitre camina a su lado acompañándose con un bastón que lleva suspendido de la mano derecha, mientras con la izquierda sostiene el sombrero. Pero no hay, nunca hubo herida de guerra ni caída de la escalera que justifique la necesidad de ese bastón; no hay otra necesidad más que la de sostener no sus piernas sino el alma del visitante

que lo interroga desde la altura de su barba dirigida hacia delante, porque Mitre, con grado de coronel (¿o ya lo ascendieron a general?) visita a don Guillermo con el mismo ánimo de quien atiende a un anciano estúpido, inutilizado por los años y sin mayor mérito para detenerse a escuchar sus reflexiones, las que don Guillermo expresa de tanto en tanto mientras lleva al huésped por los caminos de la quinta con la ayuda del bastón para el cuerpo torpe, sin bastón capaz de apuntalar su espíritu, de espantar los fantasmas.

Mitre recuerda, y dice, que don Guillermo fue comandante de las fuerzas federales en el Río de la Plata, pero que prefiere olvidar ese episodio, ofrece con su olvido perdonar al viejo almirante el apoyo que éste dio al que hasta hace poco Buenos Aires conocía como Ilustre Restaurador de las Leyes, de quien Mitre habla como sanguinario tirano, cobarde prófugo, y otros adjetivos que suenan en los oídos de don Guillermo como una velada acusación a su propio papel en la tragedia: la de general de mares y ríos incapaz de declararse unitario, enfrentarse al autor de las masacres que asolaban ciudades y campos y que ahora camina con ropa vieja, ordinaria y gastada junto al hombre elegante, de buenos modales y heroísmo enorme que se enfrentó a ese poder y pagó con el exilio la defensa de sus ideas.

Don Guillermo no piensa lo mismo. No se siente comandante de las fuerzas federales en el Río de la Plata (¿o era que los unitarios tuvieron su propia flota en el río, o no era que habían pedido a gritos y apoyado el bloqueo de franceses primero, de ingleses sumados luego, contra la Confederación?). Él fue almirante de las armas de la

Confederación, que es como decir la Patria, y Buenos Aires, y este parque por el que caminan. Peleó bajo las órdenes de Juan Manuel de Rosas, Ilustre Restaurador de las Leyes, gobernador de la Provincia de Buenos Aires, encargado de las relaciones exteriores de la Confederación. Tuvo a su cargo la misión de romper el bloqueo que pusieron sobre Buenos Aires las fuerzas imperiales del mar, y lo hizo; sí que lo hizo y que volvió bloqueados a los bloqueadores y a los que conspiraban en la atrincherada Montevideo.

Peleó con los ingleses y lo estremeció la alegría de cumplir con el deber, lo conmovió el saberse sumando otra batalla a la guerra interminable contra el enemigo eterno, el que lo persiguió siempre, y conspiró en su contra, se le apareció como fragata en el Caribe y como demonios en su casa: viejos, traidores, cobardes ingleses. Y si algo lo hace sentirse mal mientras recuerda aquel desbloqueado bloqueo, es el de haber tenido que abandonar la partida antes de concretar una satisfacción esperada por años, la de dar a los eternos usurpadores una muestra aunque fuera mínima de su odio, de su capacidad de vengar cada humillación, cada día de cárcel o de lágrima que la Corona Británica supo repartir en el mundo. Se sintió despojado de esa venganza, pero eso ya pasó, hizo todo, dio todo, hubiera podido ser mayor la paliza, y entonces los atrincherados de Montevideo, escribientes de cartas, conspiradores inspirados con vinos de Burdeos, este Mitre por ejemplo, hubieran temblado un poco más en sus sillas. Y entonces don Guillermo, que no sabe si todo lo que hizo lo hizo bien, que no está seguro de haber querido hacer todo lo que hizo, sabe que si hay algo que

siempre deseó fue correr a los ingleses hasta el infierno, ser el infierno de los ingleses, pero qué puede entender este Mitre de su sentimiento, qué puede reconocerle, para qué explicarle si él sólo ha venido a conocer fechas, datos que pueda proporcionarle un general viejo, extranjero para colmo. Por eso dice, como si no hubiera sabido hacer otra cosa, que él cumplió con sus deberes con la Patria.

Pensaste qué patria, cuál sino ésta de río oscuro y manso, donde las naves se hamacaban en noches interminables de verano, y no podías cerrar los ojos sin que comenzaran a deambular sombras en la sombra de tu cuarto, gritando en tu oído que nunca podrías, nunca serías suficiente enemigo para el Imperio Británico, nunca tu lucha sería bastante lucha contra las armas de su majestad; pero qué armas conseguirían estos ingleses para destruirte, qué modos para acorralarte, quién sería el próximo encargado de darte muerte. Gemiste, rogaste, pensaste si Dios estaba despierto mientras dormías, o se dormía a tu lado, o se distraía soplando las velas enrolladas, silbando en las rendijas de la puerta, silbando en tu oído, riendo, prometiéndote el infierno de una guerra interminable. Y no podías dormir, era imposible dormir con ese temor de muerte, certeza de muerte, inminencia de muerte. Te levantaste, abriste la puerta de tu gabinete y la figura atenta de González estaba erguida en la entrada. No. No había novedad, dijo tu asistente. Era una noche tranquila; faltaba más de una hora para el amanecer, aunque las nubes que flotaban sobre Buenos Aires estaban enrojeciendo. A popa, contra la sombra de la nave, la sombra de un marinero que descamaba un dorado con el cuchillo.

¿Qué era lo que hacía? Pescaba; tu asistente lo había visto pescando.

Que lo llevaran en tu presencia. Sí, reconoció el marinero, estuvo pescando y ahora descamaba este dorado. Mentiroso. No había pescado este dorado, lo estuvo adobando con algún condimento mortal que le habían provisto los ocultos cobardes ingleses. Pero si lo estaba preparando para comer. Mentiroso otra vez, no pensaba comer el dorado, sino ponerlo en tu comida, envenenador peligroso al servicio de los conspiradores. Que lo apresaran y llevaran con el pez a puerto, que el capitán de puerto se encargara de los dos, marinero envenenador y pez envenenado, pusiera a uno en prisión y al otro bajo tierra, donde no hubiera peligro para los pobladores.

Pero siempre había peligro. Todo era temible, hasta el barco zarandeándose en la madrugada te volvió precavido. Habías dejado la compra y venta de caballadas, el trote corto y seguro desde Quilmes hasta las Barracas, porque te sentías viejo, y ahora te encontraste montando otra vez el potro indomable, engañador, de la guerra.

Llegaste al trote hasta la Calle Larga, y la sombra quieta de los árboles, los caballos que masticaban la cebadilla tierna y golpeaban el suelo con sus cascos, te anunciaron la casa del gobernador. El aire frío y el sol irritaron tus mejillas y tus manos; al desmontar te aferraste al poncho de vicuña que llevabas sobre la espalda para sentir su contacto suave y caliente. No había esperas con Rosas. Él conocía tu caballo, conocía tus pasos y salió a buscarte a la puerta de la habitación donde atendía las cuestiones de gobierno. No era alto, pero su aspecto te hizo recordar el de tu juventud. No era que Rosas fuera joven,

pero ese año te sentías más viejo, más lejos de los mares y los combates, cada vez más cerca de los campos de alfalfa, las vides y los perales. Te sentías en retiro y visitabas al que en plenitud de funciones hacía todo, ordenaba todo, mandaba hacer todo, y deshacer; hacer lo deshecho y deshacer lo hecho para otra vez mandar a hacer.

Mandó preparar mate para él y té como le gustaba tomar a don Bruno, como acostumbraba llamarte, jugando con tu apellido.

Rosas te ofreció el sillón cercano a la estufa y pidió a Manuelita que agregara unas ramas para reavivar el fuego. Manuelita regresó pronto con el mate para su padre y, tras ella, una morena dispuso sobre la mesa una bandeja con la taza y la tetera de porcelana con la estampa y nombre de tu anfitrión grabados, y unas galletas.

Manuelita sirvió el té y Rosas convidó con un gesto a que te sentaras frente a él, mesa de por medio, con documentos, cartas, el servicio de té y el mate de plata que rodeó con sus manos trenzadas, calentando así las palmas. Apoyó el mate en la mesa y con un dedo recorrió las virolas de oro, pensativo. Comprendiste que no sería una conversación con formalidades y cumplidos. Lo comprendiste por sus palabras pero mucho más por sus silencios y por la mirada que se había vuelto fría y concentrada en tus ojos, buscando una respuesta no en tus palabras sino ahí, detrás de tus ojos.

Nunca les temiste a los franceses; no les temiste cuando te apresaron y les demostraste que valías más que un batallón de ellos, más que cualquiera de ellos, más que todos ellos.

Rosas te habló de Lavalle, te nombró al que un día puso en tus manos el gobierno de Buenos Aires. Todos supieron de la confianza que te tuviera Lavalle. ¿Podía ignorarlo Rosas? Pero él sólo te nombró a Lavalle como a uno de los que conspiraban contra la nación desde enfrente, desde el otro lado del río, y pedían en Europa que alguien hiciera lo que ellos no podían, no querían hacer.

Pidió tu respuesta sin ofrecer tiempo. Te ofreció disponer el plan de acción contra Montevideo, te ofreció la conducción de la flota en el Río de la Plata, te ofreció la flota y la lista de capitanes de cada nave. Te ofreció todo. ¿Qué te ofreció? Cuando te propuso sitiar Montevideo, ¿qué te propuso? Cuando te dijo provocar a los franceses, ¿qué te dijo? Te miró a los ojos, el té se enfriaba y Rosas te convidó más. Manuelita propuso traer té caliente y dijiste que sí, que por favor trajera té caliente y que sí, que estabas dispuesto, que les darías una vez más batalla a los enemigos de la Confederación, que buscarías la espada y el uniforme, las botas, el catalejo y la enseña; que seguirías a los ingleses hasta el Támesis, que los echarías del río y del mar y del mundo, que ésa era la oportunidad y qué satisfacción hacerlo. Los franceses, aclaró Rosas; eso, los franceses, lo mismo te daba.

Si pensaste en podar la vid, cambiar las guías, apuntalar los perales y dejar para siempre los caminos, cuidadoso con estos ingleses que siempre acechaban, ¿por qué estabas otra vez en el puente, dirigías acciones de avance y retroceso que nadie comprendía, no comprendían los sitiados, no comprendían tus capitanes? ¿Rosas te comprendía?

¿Él te ordenaba? ¿Quién podía darte órdenes, ordenar tus sueños y tus temores? ¿Quién te acechaba? ¿Quién te protegía? Ese Alsogaray que tenías junto a la puerta sin que supieras por qué. ¿Él te protegía? ¿Tenía orden de Rosas para cuidarte? ¿Cuidarte de quién? ¿Cuidarte de los pasos de tus enemigos? ¿Cuidar tus pasos? ¿Estaba para cuidarte?, ¿para protegerte?, ¿para vigilarte?

Se atravesó la visera sobre tu cabeza y la tripulación advirtió en eso una señal de tu furia. Todos miraron, temieron tus palabras cuando interrogaste a una de las mujeres que subió en el puerto. Era domingo y los marineros recibían visitas de las mujeres que compartirían con ellos el día de descanso. Pero ésa, señalaste, la que traía la canasta cubierta con una servilleta, ¿quién era? Deberías saber, te dijeron, que era una de las que siempre venían al barco. Pero ¿qué traía en la canasta? Podías verlo: tortas, caramelos, cigarros, pocas cosas que la criolla traía para obsequiar además de sus encantos personales. Pocas cosas. ¿Pero era que no lo entendían? ¿Para qué podría traer esas cosas ocultas en la cesta, si no era por ocultar esas tortas fritas en mala grasa, esos caramelos y cigarros envenenados? Y en posición de firmes les hiciste escuchar tu arenga contra el envenenador inglés. ¿Pero era el inglés quien te perseguía o era, como algunos lo sugerían a tu oído, el gobernador? ¿O era que se habían puesto de acuerdo para destruirte? ¿Podría Rosas confabularse con los ingleses en tu contra? Que llevaran a esa mujer en presencia del capitán de puerto y se encargara él de interrogarla hasta conocer el alcance de la conspiración. Volviste al gabinete, buscaste en la Biblia una palabra que te serenara, una palabra de paz en medio de esa guerra sin balas, persecución sin armas, un poco de paz en una guerra que no comenzaba, no terminaba, no se resolvía de ningún modo.

“Brown hace de la necesidad virtud y quiere hacernos creer que es hombre de principios liberales y filantrópicos. No hay más que recorrer la carrera pública de este aventurero para conocer que el fondo de su carácter es la venalidad y la inconsecuencia. Ni puede creerse en sus sentimientos de generosidad, desde que se lo ve siendo instrumento de un tirano, cuyas órdenes no dejaría de cumplir si no tuviera quién se lo impidiese: el comodoro Purvis quebrantó su orgullo y desde entonces no tiene más remedio que hacerse el amable.

”Pero este Brown es el mismo que en el año 1816 desertó del Servicio de la República Argentina robando la fragata armada en guerra que montaba, con la que hizo correrías de pirata en el Pacífico. Es el mismo Brown que, sirviendo bajo la administración unitaria, su jefe, el señor Rivadavia, le hizo y con razón, sufrir el peso de su autoridad. Cuando esta administración descendió del poder, el señor Dorrego, jefe del gobierno federal, distinguió ampliamente al aventurero inglés con extraordinarias demostraciones de consideración y aprecio, y lo colmó de favores, prodigándole el oro de que Brown se ha mostrado siempre muy ávido con sus exageradas exigencias. Pero el primero de diciembre, en el momento mismo del peligro, le volvió la espalda y se unió para hostilizarlo, al partido unitario. Éste lo elevó tanto que hasta con mengua de la dignidad nacional y con violación de nuestras leyes patrias, puso a Brown provisoriamente a la cabeza del gobierno. Esto, no obstante, cuando los unitarios cayeron, Brown vendió sus servicios a Rosas para hacer una guerra, la más cruel, a sus antiguos amigos y protectores, guerra en que todavía está empeñado y en la que sirve de bárbaro instrumento al bárbaro sistema de un caudillo, el más brutal y feroz.

”Éste es Brown. Hemos presentado un bosquejo muy abreviado de su historia en la República Argentina para que se lo conozca tal cual es, porque desgraciadamente no faltan hombres irreflexivos que con la mayor candidez pretenden hacer de Brown un héroe adornado con las calidades más sublimes, de un alma generosa y noble, de un corazón el más bien puesto. Ni podemos comprender cómo se han olvidado los hechos tan negros que he referido siendo ellos de pública notoriedad.”

TOMÁS DE IRIARTE
Memorias

Don Guillermo abre la puerta de alambre y Mitre le cede el paso.

Mitre dice que don Guillermo ha sido uno de los forjadores de la libertad, un guardián de la independencia en aquellos lejanos días en los que Buenos Aires buscaba un camino propio, y don Guillermo dice este camino, el que conduce a la laguna con patos silvestres y gallaretas y, a veces, si no los corren, carpinchos. Le gusta visitar esta laguna, esta tranquilidad de campo tan cercana a la casa fortaleza. Le gusta mostrarla a quienes tienen la amabilidad de acercarse a saludar en este retiro voluntario, a un hombre que dio vida y bienes a favor de la nación.

Resulta tan agradable este lugar, reconoce Mitre, que se siente transportado a algún diálogo ya no entre hombres de Buenos Aires, sino entre cónsules romanos, en alguna bucólica escena transmitida por los clásicos. No ha conocido Roma, se defiende don Guillermo, y es tan linda esta orilla del Plata; en cuanto a los clásicos, sí...

Durante su estancia en Montevideo, ocasionada por la persecución que de los hombres libres hiciera el derrocado tirano, explica Mitre, tuvo oportunidad de conocer el plan que don Guillermo enviara al gobierno de esa ciudad para poner sus armas al servicio de la lucha contra Rosas. Don Guillermo se detiene con el vuelo sibilante de una perdiz, busca los ojos de Mitre envarado en su traje negro y su cuello con corbatín: él no ha peleado sino por la libertad, por la independencia; si alguien hubiera podido demostrarle que su lucha junto a Rosas era contraria a la libertad de la nación, opuesta a la independencia de

este joven estado, entonces por qué motivo fueron a buscarlo proponiéndole dinero, ofreciéndole la propiedad sobre naves que no eran de él ni de quienes le propusieron desertar. ¿Podía encontrar aceptable el señor coronel (¿o ya era general?) que una discusión sobre el mejor modo de poner fin a un conflicto tan doloroso para todos, se hiciera sobre la base de una transacción comercial donde él terminaba aportando, además de la decisión de cambiar de lado, el principal capital: las armas, los marinos? ¿Podía ser eso aceptable para un hombre de la libertad?, apura don Guillermo y se pregunta si este Mitre querrá una confesión de su parte sobre una actitud que puede llamarse, y él llama, traición. Pero han hablado de una suma, explica, indaga, bucea Mitre en la cara rugosa de don Guillermo. ¿Cuál es la discusión? ¿Una suma de dinero? ¿La libertad? ¿Qué es lo que desea conocer? Por qué motivo no se consumó, quiere saber Mitre, una operación donde el gobierno de Montevideo tenía fondos dispuestos, cuando el tema era tratado entre los emigrados, los extranjeros residentes, las gentes de Rivera y Garibaldi, como un hecho cierto. Se dice, arriesga Mitre, lo ha dicho el general Paz, que don Guillermo no se decidió por creer perdida la causa de los unitarios en la guerra. Ha dicho Iriarte, dice Mitre que cree no mentir al citar de memoria, que no cambió de lado por no haber visto el dinero.

Cuánto ha cobrado el señor coronel, o general, por poner su acción contra Rosas, que sabía él, lo sabían los dos, sabían todos, era el gobierno de Buenos Aires, el que actuaba en representación de esa provincia y de todas las provincias de la Confederación, qué precio

había puesto Mitre a su lucha del lado de los unitarios, con los de Montevideo, junto a franceses e ingleses. Cuánto vale su dignidad. Mitre aferra la empuñadura de su bastón y pregunta si no ha pensado don Guillermo en rellenar alguna vez esa tierra anegadiza. No, no ha pensado; es el territorio de las aves, y él las respeta. Él respetó siempre el lugar de los otros.

“Tal agravio demandaba imperiosamente el sacrificio de la vida con honor, y sólo la subordinación a las supremas órdenes de V.E. para evitar la aglomeración de incidentes que complicasen las circunstancias, pudo resolver al que firma a arriar un pabellón que durante treinta y tres años de continuos triunfos ha sostenido con toda dignidad en las aguas del Plata.”

Leíste por última vez, firmaste el pliego apoyando la mano para que el pulso no te traicionara y se lo alcanzaste a González. Rosas entendería tu enojo, aceptaría tu protesta, pero sabría que no hiciste más que cumplir su decisión. Tres años en el río, bloqueado bloqueador, tres años de atropellar, mostrar los dientes sin resolver un juego que Rosas observaba, controlaba, dirigía desde la casa, desde la mesa llena de papeles, desde sus ojos azul oscuro, con cartas de protesta, ofertas de paz, amenazas de represalia, amagues de estocada final. ¿Pero qué podrías hacer con esas pocas naves frente a la flota de las dos potencias aliadas, cinco mil hombres en veinticinco barcos, cincuenta y dos cañones listos para encontrarle una salida al problema, una entrada al Paraná?

Si todo esto era posible, si el cordón de naves europeas te despertó esa mañana y las instrucciones del gobernador eran no atacar, no defenderse, no resistir, qué estuviste haciendo tres años con tu gente embarcada, con las armas dispuestas y las cartas del río en tu cabeza,

eligiendo canales, cortando caminos, interceptando correspondencia, confiscando víveres. ¿Soñabas destruirlos? ¿Realmente soñaste? ¿O tus arengas eran sólo la gimnasia para mantener la moral de la tropa, para embaucar con tus palabras torpes y entrecortadas a un grupo de oficiales que se ilusionaban, que deseaban esos combates contra los invasores, que deseaban repetir a tus órdenes las historias de veinte años atrás? ¿O esos discursos en cubierta eran apenas un modo de recordarles que estaban en guerra, y que ese deambular absurdo por el río tenía un significado, aunque ellos no lo comprendieran? ¿Todas esas palabras eran nada más que para quitarles el hartazgo, para conmoverles la rutina holgazana, la creciente convicción de que aquello no era una guerra, no había combates, no habría más muertos que algún ahogado en alcohol, no habría victoria, derrota, nada?

Recibiste al almirante inglés. Oíste su propuesta. Rendiste la bandera. En formación, listos para el combate, los soldados se entregaron prisioneros, sin tiros, sin nada más que un breve discurso en inglés, en el idioma del invasor, el que invade siempre, avanza, ocupa. En el idioma que tus abuelos aprendieron por la eficaz didáctica del fuego quemando campos y libros sagrados. ¿Cuál fue tu sueño? ¿Qué te hizo pensar que la libertad para elegir era un valor digno de defenderse? ¿Cuál era la elección? ¿Pelear hasta morir? ¿Rendirse sin honor? El almirante comprendía las razones de tu pena, te dijo. Te ofrecía una prisión digna en Montevideo; la repatriación a Buenos Aires; ¿o preferirías, tal vez, sugirió, un tranquilo descanso en Londres? ¿Ése era el final deseado? ¿Fue para eso que dejaste el alfalfar y

la vid? ¿Para arriar una bandera que te vistió cuando no tenías ni calzoncillo con qué cubrirte? ¿Qué eran la bandera, ese barco, la patria?

¿Cuánto valía que te humillaras, desearas la muerte en la forma de un acto heroico que no realizarías? ¿Cuánto significaba si ya sabías, y también Rosas, que después sería el retiro, los perales y terrores, todos en esta casa?

Don Guillermo quiere saber si el señor Mitre aceptaría compartir la mesa con él y los de la casa.

Sería un honor sentarse a la mesa de una familia tan respetada en la ciudad, pero no querría importunar con su presencia en esa hora desacostumbrada para recibir visitas y tomar por sorpresa a la señora, que tal vez no haya pensado en una comida especial.

No se tratará de ninguna incomodidad, lo tranquiliza don Guillermo, bastará con agregar un plato en la mesa y un jarro de agua al caldo; Mitre, que cree descubrir por fin algo parecido al buen humor, ensaya una sonrisa para retribuir ese gesto de confianza pero se encuentra con el mismo rostro serio y pensativo que le hace esfumar la sonrisa.

La conversación los trae despacio hasta la puerta de la cocina; por ella entra don Guillermo a la casa y hace señas a Mitre para que lo siga. Hello, Mary Agnes, dice don Guillermo mientras cuelga su abrigo en un gancho rebosante de oscuros capotes y sombreros de fieltro y de paja.

La cocinera responde al saludo con el cucharón en una mano: esa sopa es un manjar como nunca probó Bill ni el señor...

Bartolomé Mitre, se presenta él mismo cuando advierte que don Guillermo no responde.

Ya verá, dice la cocinera.

Puede pasar a lavarse, invita don Guillermo arremangándose la camisa de algodón gris. Permítame, y toma el bastón y el sombrero que Mitre no sabe dónde poner. El sombrero volará con los otros, el bastón quedará en un rincón junto a uno de caña, rústico, que Mitre imagina del dueño de casa.

La suya es una familia numerosa, advierte Mitre al acercarse al comedor donde está dispuesta la mesa para varias personas.

Es cierto, es una mesa amplia porque se reúnen a almorzar todos los de la casa.

¿También los criados?

Él no tiene criados.

¿La cocinera?, ¿los que ha visto trabajando afuera?

No son criados. Mary Agnes no es criada, es cocinera; y afuera está Pat O'Donoghue, que atiende los cultivos y viñedos.

¿Y los demás?

Los peones, ellos viven en esas casas, dice don Guillermo y señala vagamente en dirección al sur.

Mitre dice comprender que hay ciertas costumbres de don Guillermo que le recuerdan las del tirano en su vida doméstica. En efecto, Rosas invitaba a compartir su mesa a personas de nivel inferior, como el famoso Eusebio o algún otro de sus negros bufones, los estimulaba

para que hicieran sus bromas y reía con ellas mientras su abdomen se convulsionaba de manera escandalosa.

¿El señor Mitre compartió la mesa con Rosas?

No. Lo supo por otros.

¿Son confiables esas versiones? En lo que a don Guillermo respecta, nunca debió soportar una situación tan desagradable en las varias oportunidades en las que fue invitado a comer en la casa del gobernador, ni cuando él lo recibiera. Porque en el año 1843, quizá 1844, habían compartido una comida en la cubierta de la nave; pasaron revista a las tropas formadas en honor al gobernante y se sentaron luego a una comida. Hubo oficiales, recuerda don Guillermo, que se consultaron preocupados entre sí cuando él buscó su lugar en la cabecera de la mesa. Pero fue Rosas, que había advertido el comentario entre la oficialidad, quien puso las cosas en su lugar: el dueño de casa es don Bruno, y él preside la mesa.

Así que claro que Rosas conocía los buenos modales y las normas de cortesía. Lo demás: dichos, envidias, necedades, nada.

¿Qué era Rosas para él?, pregunta Mitre desencantado, incrédulo, incapaz de aceptar como cierta esta sombra de héroe, este granjero a quien vería mejor emborrachándose con whisky mal destilado que mareando a capitanes europeos adiestrados para combatir a más enemigo que un rubio que llamaba con nombres de naipe de truco a sus velas y trinquetes. ¿Lo tuvo Rosas por héroe?, y espera una sonrisa despectiva, una mano de Brown rechazando en el aire ese disparate.

No hay sonrisa en don Guillermo, ni gesto brusco; hay una mano

que sujeta una silla y la ofrece a Mitre: comamos.

Mitre se pregunta (ocupando un lugar a la derecha de su anfitrión, su copa con vino, su plato con guiso humeante) por qué razón este hombre apareció acá, qué hizo que desde esa isla de pastores se nos viniera un consumado marino.

Don Guillermo lo advierte silencioso, lo interroga.

Estaba pensando eso, confiesa Mitre, en qué llevó a un hijo de una tierra de pastores al mar.

Sabrás el señor Mitre, dice don Guillermo, que el descubridor de este nuevo mundo en el que ha venido a crecer esta república de hombres libres, era un genovés hijo de un hilandero judío afincado en la ciudad. Igual que el genovés, él es hijo de un hilandero que tuvo su taller en Foxford. Desde el taller se oía el rugir del mar embravecido.

Hasta allí llegaba el olor salado del Atlántico; llegaban las gaviotas, ¿de dónde? Él sabía, cuenta don Guillermo a Mitre, que abandona el guiso para escuchar el secreto origen de este domador del río, sabía de este mundo cruzando el mar, porque su padre le hablaba del tío de América. Claro, no ésta, la otra América, en la que él estuvo de muchacho, donde hizo su aprendizaje como grumete, antes de alistarse en la Armada de Su Majestad Británica con el rango de guardiamarina.

De manera, avanza Mitre en el interrogatorio, que don Guillermo estuvo en los Estados Unidos de América del Norte, pero ¿cuándo?, ¿cómo llegó hasta aquí?

Muy simple. Viajó con su padre cierta vez que él debía trasladarse por algún negocio. Supo lo que era viajar en el mar. Quedó a vivir en América con su tío. Se alistó en un barco mercante y después en otro hasta que su padre lo mandó a llamar a casa y entonces se alistó en la Marina Real.

La marina de Nelson, reflexiona Mitre en voz alta.

Ésa fue la marina en la que él se alistó. Y no quisiera cargar las tintas, porque sabe el señor Mitre que el almirante Nelson, modelo de combatiente victorioso en el mar era, como él, de Irlanda.

No creo, levanta la cabeza Mary Agnes en un costado de la mesa, que en Irlanda coman el guiso frío, porque todos saben lo mal que cae. Don Bartolomé, no haga caso de lo que dice Bill y coma; quién sabe cuánto de eso será cierto.

Juan Bautista Douville era un francés amigo de las ciencias naturales afincado en la ciudad, que se ganaba la vida como litógrafo junto a Lainé, paisano suyo y pintor, con el que atendía un comercio de libros en la calle de La Piedad. La calidad de los trabajos le había dado tal prestigio a su nombre que los vecinos no resistían a la tentación de tener en sus casas una miniatura firmada por el francés. Hasta que en 1826 decidió, con patriotismo y buen olfato comercial, retratar al almirante Brown quien, a cargo de la modesta escuadra de la patria, mostró frente a Buenos Aires cómo el invasor más poderoso puede ser castigado.

Todavía no estaban listas las dos mil copias que imprimió cuando los vecinos, avisados de la noticia, llenaron el local y la calle para llevarse una estampa del militar más famoso que hubiera estado nunca en Buenos Aires.

Los dos mil retratos no fueron suficientes y Douville imprimió y vendió otros dos mil, felicitándose el resto de su vida por elegir como residencia una ciudad que tanto apreciaba a sus héroes.

Mitre pregunta a don Guillermo acerca de Grenfell.

¿Grenfell?, interroga don Guillermo para confirmar. Gran marino.

Siempre lo admiré. Tuvo la generosidad de llegarse hasta mi casa para saludarme.

Claro, reconoce Mitre, me contó de esa visita y no oculta el orgullo de considerarse su amigo, y recrea en su memoria las palabras de Grenfell. De pie, apoyado en el largo mango de la horquilla, Brown preguntó quién era, con una voz que le trajo a Grenfell el eco lejano de la que oyera entre cañonazos un cuarto de siglo atrás, cuando desde el bergantín *Caboclo* escuchaba las arengas en la fragata *25 de Mayo*, en medio del fuego de los cañones frente a la costa de Quilmes. ¡Grenfell!, se anunció él con el uniforme tapado de medallas y la manga vacía del brazo izquierdo flameándole como el recuerdo poco feliz de sus encontronazos con el irlandés. Sintió más que respeto por el antiguo enemigo: sintió envidia por este hombre que se retiró de tal modo de la vida política, que no sólo no frecuentaba reuniones de gala ni ejercía cargos de importancia sino que se afirmaba en la horquilla para conversar, hacía una pausa en el venteo de la alfalfa y lucía un pantalón amplio y chaqueta de brin sobre la camiseta de algodón. Era un *farmer* como los que podrían verse en Irlanda, en Gales, en los Estados Unidos

o en Australia, y era tan clara su dedicación a la vida campesina que podría recrearse toda su biografía imaginando una sucesión alternada de acontecimientos felices y tristes, buenas cosechas y temporales, un nuevo hijo y una oveja muerta, completando con eso los años de estancia de don Guillermo en Buenos Aires.

Lo que Grenfell envidiaba, según le confesara a Mitre, de este viejo, era que podría declarar delante del juez de paz soy Guillermo Brown, vecino de esta ciudad, granjero, y habría dicho con ello la verdad, estaría ocultando años, días, noches de aventuras y glorias militares que podría mencionar como al descuido, sí, también he sido capitán general de la Armada, pasé mil trescientos días con sus noches en cubierta navegando en campaña militar, recorrí varias veces el Atlántico entre Europa y el Río de la Plata, entre las Antillas y el Río de la Plata, el Pacífico de sur a norte y de norte a sur, y uno no sabría cuándo hizo una cosa y cuándo otra. Tuvo tiempo para ser capitán victorioso y vitoreado, y para ser preso silenciado y ofendido.

Le ofrecieron fortunas por sus acciones heroicas, supo no tener un pan. Entonces Grenfell, con el pecho cargado de medallas, sospechó que a su vida también heroica y triunfante le estaba faltando algo más que el brazo que una vez le robó este viejo con un balazo de cañón. Sentía un agujero que no supo localizar, tal vez cerca del corazón, tal vez sobre el estómago. Le estaba faltando una revancha (¿fue eso lo que lo trajo hasta la granja vestido de uniforme?), un cambio de estocadas con esa mezcla de patriota y bucanero con quien le había mandado pelear el destino.

Bravo amigo, había dicho entonces el brasileño, si usted hubiera aceptado la propuesta de Don Pedro I, cuán distinta sería su suerte, porque a la verdad las repúblicas son siempre ingratas con sus buenos servidores.

¿Lo había dicho por rencor, o era admiración por los actos de este hombre que nadie parecía reconocer en Buenos Aires? No sólo la fatalidad hizo de Brown un granjero.

Don Guillermo debió haberse preguntado eso muchas veces, y no habría sido Grenfell el primero en planteárselo, porque ya tenía una respuesta para su corazón, para sus amigos, para quien lo consultara, y con la que se sentía conforme:

Señor Grenfell, no me pesa haber sido útil a la patria de mis hijos; considero superfluos los honores y las riquezas cuando bastan seis pies de tierra para descansar de tantas fatigas y dolores.

Grenfell había quedado en silencio. Seis pies, pensó. ¿Tiene sentido el honor de algunos triunfos más o menos intrépidos, hazañas que las conversaciones en el pueblo transforman en gestas de dioses, repiten al infinito las jornadas de Hércules, para no desear luego nada más que un lugar en el que echar los huesos? Le preguntó: ¿Es suficiente recompensa? ¿Alcanza con eso?

¿Para echar los huesos? Sí, alcanza.

Mitre pregunta lo mismo, no se resigna a que eso sea la gloria.

¿Ése es el premio que Atenas da a sus héroes?

¿Por qué Atenas?, pregunta don Guillermo, ¿cuál es el héroe?

Mitre interroga en silencio ese cuerpo para ver si hay algo todavía de aquel que Grenfell tuvo como alguien digno de temer.

También me ha dicho Grenfell, comenta Mitre caminando por los senderos del jardín, que lo acompañó una duda durante todos estos años sin haber encontrado una respuesta. Es una duda que lo acecha desde la guerra que el Imperio sostuvo contra sus improvisados barcos. ¿Cuántos eran? ¿Cuál de todos era Brown: el que ellos encerraban frente a Buenos Aires, o el que desvalijaba las naves mercantes en las puertas de Río de Janeiro? ¿O el que abordaba los barcos de la retaguardia portuguesa? ¿Cuál era?, si todos decían soy Brown.

Mitre espera, inquieto, una confidencia sobre aquellas pícaras estratagemas, ¿herencia de Nelson?, ¿copiadas de quién?

Entonces éramos uno solo, confiesa don Guillermo con naturalidad, desde Carmen de Patagones hasta Pernambuco, y buscábamos una sola cosa: la libertad. Le habrá dicho Grenfell que invitamos a los brasileños a unirse a nuestra lucha por la libertad, cuando desembarcamos en Pernambuco. Éramos uno solo.

Mitre sigue sin comprender. Tal vez sea una velada referencia al espíritu de cuerpo de la oficialidad que lo acompañó en la guerra contra el Imperio, un reproche a quienes lo secundaron después, en tiempos del bloqueo anglo-francés. O la prueba de la senectud que gana los últimos bastiones de lucidez de don Guillermo, lo encierra en éste más fuerte que la quinta, asegurando su soledad con armas listas para disparar.

A Grenfell le preocupa saber cómo hacías, cercado como estabas en el Plata, para presentarte frente a la bahía de Río de Janeiro y robar, en la nariz del emperador, una carga completa que llegaba de Europa, aclararle al incrédulo capitán de la nave que no eras otro que Brown, el que la escuadra brasileña seguía, buscaba con el odio que provoca el enemigo y el deseo descontrolado que genera un pájaro exótico a los ojos de Darwin; le preocupa explicarse quién eras; si eras el que bloqueó la bahía de Río de Janeiro para asombro de la corte, o el que el mismo día, con diferencia de horas, decomisó un navío frente a las costas de Río Grande, tantas millas al sur, o el que fondeaba en San Salvador, para temor de blancos y esperanza de negros y los invitaba a conocer la libertad. ¿Es que no podías ser el mismo a los ojos de Grenfell, a los oídos de los brasileños, en la imaginación de los rioplatenses? Si todos te vieron —porteños, cariocas y europeos enganchados en la guerra— atravesar el cordón de fuego de treinta naves como catedrales que te encerraban en el puerto para darle a la patria un veinticinco de mayo con mucho más que fuegos de artificio desde cuatro barcos a los que era exagerado llamar de ese modo, celebrando y repitiendo la decisión de libertad, para terminar con noche de baile una fiesta que Norton, el comandante imperial, quiso arruinar en Los Pozos. Treinta días después, antes que tu perseguidor

lo imaginara, volviste a darle un día entero de bomba y metralla frente a Quilmes recordándoles que lo de Los Pozos no había sido un accidente, casualidad, error de la historia o descuido de los dioses, que por ese entonces no parecían distraídos sino peleando con vos, llevándote en andas por la Alameda, coronándote con mirto y laurel en las manos de Carmen Somellera que se desmaya a tus pies, patricias pálidas obsequiándote una bandera nueva que todos llamarán de Los Pozos con sol violento, guerrero, en el centro, aplaudiéndote con manos de muchachos en el Colegio de Ciencias Morales, recitando en tu honor un “Canto a la Victoria sobre la Escuadra Brasileira” en la voz de uno que a los veinte años se llamaba Florencio Varela, poeta.

Si Grenfell recuerda que lo hiciste temblar en el invierno en Quilmes, y no fue frío sino el coraje de una partida mano a mano, el bueno de un truco que conocías apenas y él ignoraba por completo, pero que jugaron bala a bala con la seguridad de que todos habían perdido la cordura.

Qué podía significar ser loco en este río que no parece, en este mundo que no es, donde nada es, donde todo puede, podría, sería, y vos, cuántos barcos (¿dos?) ¿contra tantos? (¿veinte?), fuiste capaz de una batalla que los imperiales tratarán de que no sea, no fuera, no se supiera, y en Buenos Aires retumbó con el trueno de la última jornada del héroe, héroe de la ciudad de los imbatibles, los siempre victoriosos, los de 1806 y 1807 y tus jornadas sobre la Montevideo realista y San Martín el de los campos de Maypo y este mundo tan chico y esta

vida tan breve para la reina del Plata; ya están apareciendo los héroes, los hijos de los dioses, la mitología de la pampa y del mar por qué no, y no sabes si esto por lo que estabas luchando, por el lugar en el monte que reemplace al Olimpo en estas latitudes, o por la oportunidad de criar en Barracas (o en Colonia, o en Quilmes, todos resultan recuerdos de combates) caballos como esos que viste correr en Irlanda.

¿Para qué se hace una patria?

¿Para escribir en piedras duras los nombres de los que llamamos héroes? ¿No te gustaría ser el padre fundador de una república? (Los imperios ya tienen sus plazas ocupadas.)

¿Cuánto pueblo increíble te dijo buenos días cuando pisaste este puerto? ¿Cuánto puerto había cuando llegaste a este pueblo increíble?

Días increíbles buscando puertos, pisando polvorientas calles de pueblos que parecen ser todos el mismo desde Carmen de Patagones hasta San Salvador de Bahía, repitiendo la misma pobreza, la misma fiereza, la misma tristeza de Foxford, tantas millas, tantas olas, tanto barco para qué.

Este Mitre que me clava una mirada interrogante, pidiendo detalle. Me sigue, no me suelta, no deja de buscar, ¿qué busca? Así tratan en Irlanda a los *leprecheouns*, pero yo no tengo secretos, no guardo piedras de oro dentro de una cueva, ni soy un gnomo. ¿Qué es lo que debo decirle para calmar su ansiedad, para qué se llegó hasta acá, qué más le falta saber de mí?

Con su bastón en la mano, y ya listo para saludar a la señora de la casa y al resto de los comensales, Mitre necesita una explicación,

no ha comprendido, cree, algo que don Guillermo dijera hace un momento.

Aquella referencia que hizo sobre la guerra contra el Imperio, eso que dijo acerca de la unidad, ¿cómo debe entenderse?

Tal vez pueda entenderse, ensaya don Guillermo que se niega a formular axiomas, si se busca en lo que quisieron los fundadores de esta libertad que el señor Mitre dice estar dispuesto a defender. Si se recuerda que por los tiempos de Mayo se hablaba de Provincias Unidas de América, cuando se proponía una patria, y no de ciudades famosas apenas por sus lodos en tiempos de lluvia y sus moscas de verano.

La presente es una situación transitoria, justiprecia Mitre para tranquilizar al viejo almirante en que por fin pudo descubrir a través sus palabras el disgusto por la segregación de Buenos Aires del resto de la Confederación. Esto se resolverá con el uso de la cordura, con el ejercicio de la comprensión de los grandes valores por encima de las gulas pequeñas de los que buscan heredar el trono del tirano que han sabido destruir. Y sabe don Guillermo que él, Mitre, y muchos otros también, han dado lo mejor de sus vidas a favor del imperio de la libertad en Buenos Aires, es decir en el Plata.

¿Y entonces por qué, quiere saber don Guillermo algo cansado —tal vez sea que el guiso le está imponiendo una siesta— esos disparos que lo sobresaltan noche a noche frente a su propia casa, por qué los galopes y las persecuciones? ¿Con cuál cordura buscan resolver las cosas en esta ciudad? ¿Cordura dijo? ¿Cuerdos, o cuerdas?

¿Comprensión o presión hasta el ahogo del distinto? No cree don Guillermo que sean libres esas formas de vivir, ni dignas. Y en cuanto a lo de transitorio, cuántos años lleva este camino de persecuciones, de

desencuentros. En los años en los que a él le tocó servir frente al Imperio de Don Pedro, era la guerra contra el que pretendía invadir, imponerse, y todos eran uno en esa empresa. Y antes, cuando él llegó a este río con la sola intención de repartir bienes y personas entre los puertos costeros, y con eso poder vivir lejos de los odios y las guerras que dejó en Europa; cuando llegó a este río y se encontró con un nido de libertad, sintió simpatía por esta gente que parecía dispuesta a repetir, tan lejos y pobres, el triunfo bíblico de David contra Goliath; y cuando los españoles tuvieron la mala fortuna de estropearle un pequeño bergantín con el que había iniciado su comercio, lo empujaron de lleno a los brazos de la revolución. De esos hombres, inmensos en sus ilusiones, debería aprender el señor Mitre, y los que con él gobiernan este muñón de patria, Buenos Aires.

Cuánta memoria gloriosa, dice Mitre, la que trae don Guillermo a colación este día. Tal vez pudiera, y cuánto se lo agradecerán las generaciones por venir, contar todo esto en el papel.

¿Que escriba todo lo que hizo? ¿Qué cosa podría decirle que él no sepa?

Podrían ser fechas, nombres, lugares.

Sí, tal vez pudiera. Hay demasiados nombres, demasiados recuerdos en su cabeza. Le hará bien ponerlos en un papel. Ya se lo haré llegar, acepta don Guillermo ante un Mitre que acomoda el sombrero y empuña el bastón.

Pat, acompaña al señor hasta el coche. Señor Mitre, apure su coche, este camino se pone imposible de andar con las lluvias.

“Lamentamos tener que consignar el triste suceso siguiente: en la tarde del jueves, a las cinco y media, la señorita Elisa Brown, hija mayor del almirante Brown, concurrió a tomar un baño acompañada de su hermano, niño de diez años de edad. Allí cayó en un pozo y pereció ahogada. La extinta era una joven bella y afectuosa que sólo contaba diez y siete años.”

British Packet, 29 de diciembre de 1827

¿Sería que el cumplimiento del deber, el sacrificio a favor de la patria que había elegido, debían significar necesariamente no ya la imposibilidad de vivir tranquilo su propio, antiguo oficio, cruza de marinero vikingo y mercader sajón, sino hasta la dificultad para poner en práctica el mandato del Dios de San Patricio que le llegara también a él, de reproducirse y dominar el suelo, y que celta al fin y amigo del amor igual que de la guerra, hubiera deseado aplicar mientras el tiempo y su mujer se lo permitieran?

Esto se pregunta Guillermo Brown cuando recuerda el día en que escuchó voces que llegaban atravesando el jardín, trayendo la noticia que debió adivinar cuando vio a Elisa desvanecerse junto al cadáver de Drummond, que no ocultaba las mutilaciones. Debió adivinarlo entonces, pero no hubo lugar en su corazón para entender los diecisiete años de su hija ni su desesperación frente a los destrozos del amor.

En la mañana del lunes 9 de abril de 1827, a las cuatro, atracaron en el puerto de Buenos Aires la goleta *Sarandí* y la barca *Congreso*, únicos navíos que se mantenían a flote; los bergantines *Independencia* y *República* habían resultado destruidos por el fuego de dieciocho naves brasileñas frente a Monte Santiago después de dos días de combate.

Guillermo Brown encabezó la marcha en dirección al Fuerte. Llevaba encima los golpes del embravecido Río de la Plata, el humo que le dejó la carga de cañón y heridas en el brazo izquierdo y en la misma pierna que se le quebrara en 1814. Detrás de él, la tropa. Todos traían una herida, un golpe en la cabeza, en los brazos o las piernas.

El pueblo, enterado del desastre, esperaba a los combatientes para acompañarlos en el momento más difícil.

El río le había jugado una mala pasada varando sus naves en un banco frente a Monte Santiago; la escuadra brasileña lo encerró para tirarle encima todo el rencor por los desaires, las burlas, las palizas que él les daba desde hacía un año. Cobró cara la encerrona, hundió o inutilizó muchos más barcos enemigos que el total de su flota, tanto que para Brasil aquello no pudo ser contabilizado como victoria.

Pero le habían pegado duro, lastimado mucho a su gente, inutilizando un par de naves, y sacrificando a este muchacho Drummond, que ahora venía sobre una tabla, cargado por dos marineros. Brown caminaba junto a él. Los dos, como todos, habían peleado con furia y con ganas, como en todas las batallas anteriores. Pero ésa había sido la última partida que jugaron juntos. Drummond estaba muerto ahora.

Antes había tirado con sus cañones tanta munición como pudo, incluyendo los eslabones de la cadena que sujetaba el ancla; en mitad del combate salió a buscar pólvora entre las naves vecinas y otra vez en primera línea recibió un cañonazo que le partió la cadera y le abrió el vientre. Tuvo tiempo de acordarse de su Escocia gris, de su novia pelirroja y niña, de su comandante; después murió. Ésa era la única diferencia que había entre ellos esa mañana. Brown también recibió un balazo en el costado izquierdo, pero ahí tenía una Biblia que desvió la bala hacia el brazo, y protegió el corazón. Ahora caminaba con el brazo izquierdo en cabestrillo, la mano derecha apoyada en la cabeza fría de Drummond.

Guillermo Brown se dijo que debió de advertirlo antes, que Elisa no podría soportar tanta tristeza, que aquello no era un accidente, cuando le avisaron que una desgracia, la niña en el agua, más allá de los juncas; las voces desde el parque, cruzando el tragaleguas, el camino.

Debió saberlo, se dijo, y lo único fue dar órdenes en su mal español, saltar por la ventana sin calcular que la pierna mala no sería capaz de aguantar la altura, sentir la impotencia de no poder pararse y así, desde el suelo dar indicaciones de que a él lo dejaran y fueran por ella pronto, dónde estaban, cómo estaba, qué forma de terminar un año tan glorioso, qué prueba tan fuerte de la Providencia y qué suerte de mierda se dijo para sí, pensando si Dios escucharía esas cosas.

La noche está envuelta en una lluvia que se largó implacable sobre la ciudad a la tarde. Las gotas pequeñas y frías son empujadas por el viento para uno y otro lado. Las ramas de los árboles se sacuden y descargan el agua acumulada en sus hojas. Don Guillermo observa la lluvia desde el sillón.

Elizabeth le acerca una copita con oporto y le cubre los pies con una manta. Antes de ir a su habitación, Pat echó leña en el fuego.

Te invitaron a ocupar el lugar del hombre más importante de la provincia de Buenos Aires. Te encargaron proteger vidas y otros bienes en la ciudad donde todos te conocían. Tu firma tenía el respaldo de los que te aplaudían porque derrotaste la flota tan temida. Mientras cuidabas la ciudad, el general Juan Lavalle se ocupaba de buscar al gobernador fugado que según los informes, andaba por el campo amotinando al gauchaje. No hubo nada importante que ordenar, resolver, decidir en esos días: papeles, resoluciones, cosas sin interés.

Sólo dos cosas hubo que te importaran desde que te nombraron gobernador el seis de diciembre, y frente a eso nada más valía la pena: la muerte de Dorrego y la enfermedad de Rosales.

A los pocos días Dorrego era detenido y desde su prisión te enviaba una carta, preocupado por su futuro. Solicitaba ser enviado al extranjero, a la América del Norte donde vivió y tenía amigos. El 12 de diciembre escribiste a Lavalle contando la solicitud de Dorrego y tu opinión favorable al respecto. El mismo día escribiste al oficial Bernardino Escribano encomendando la seguridad del prisionero. El 13 te llegó la noticia de su fusilamiento, con la firma de Escribano.

Si tu cargo te comprometía a preservar la vida y hacienda de los vecinos, y tus cartas no eran tenidas sino como tibias y temerosas sugerencias que de todos modos no fueron escuchadas, ¿qué significaba ser gobernador, sino un engañoso honor que ocultaba la falta total de autoridad para salvar a un hombre que estuvo antes sentado en esa silla, frente a la misma carpeta, con las mismas funciones?

Apenas comenzó el año te llegó una carta. Estaba entre los pocos papeles que por esos días esperaban tu firma. La enviaba la esposa de tu amigo Rosales, y las noticias no eran buenas. Leonardo Rosales, el que montó uno de los primeros barcos para derrotar a los españoles, vivía desde hacía años en Carmelo y ahora, según leías a su esposa, estaba enfermo y además en la miseria.

Rosales, el que hizo volar como una gaviota a la goleta *Río* en las aguas tormentosas de Quilmes para defender a su jefe del ataque imperial, el que una y otra vez quebró la línea de fuego brasileña en el combate de Los Pozos, el que por su coraje se ganó muy joven el grado de capitán, estaba en la ruina.

Rosales, el guitarrero que te conmovía durante las vigiliass en el río, el que arrancaba notas dulces a la luna de la guitarra y las dejaba colgadas en el cielo oscuro, el que ensayaba sus décimas de amor para conmover a las mozas cuando estuviera en tierra otra vez. Ese Rosales estaba enfermo, y era su garganta la que lo mataba.

¿Qué te pedía la esposa de Rosales? Tampoco tenían una buena casa en Carmelo, sólo un ranchito miserable, y la señora entendía que era posible que el gobierno le diera a su marido, que tanto había dado a la patria, una casa en Buenos Aires, donde pudiera al menos morir en paz. Bastaría, ahora que dirigías la provincia, con asignarle una casa que confiscaran al enemigo federal.

¿Qué podías hacer por él? Pedirías a los amigos de Colonia que le alcanzaran provisiones, una oveja, yerba, azúcar, algo con lo que ir tirando, y no le faltaría qué comer. Pero una casa en Buenos Aires, imposible.

No sabría la esposa de Rosales; no tenía por qué saber ella que con el método de la confiscación te habían quitado la casa de Barracas mientras estabas preso de los ingleses. No tenía por qué saber ella que mientras Elizabeth y los niños vivían de la caridad ajena, la casa que habías comprado la ocupaba la familia del general Martín Rodríguez.

Habías andado por el mundo con la bandera de la libertad argentina y en la hora de tu desgracia el gobierno te quitaba la casa para dársela a un general, ¿que había triunfado dónde?

No podías aceptar la idea de quitarle su casa a un proscrito, aunque esto fuera para socorrer a un amigo pobre y agónico. Amigo guitarrero, Brown no podrá ayudarte en esta payada.

Escribiste a la señora Rosales, explicaste los motivos: el cargo no te hacía dueño de los bienes de los ciudadanos, aunque ellos fueran federales proscritos. Recibiría noticias de tus amigos en Colonia.

Afectuosamente.

Ni para salvar la vida de un gobernante, ni para ayudar a un amigo en la desgracia; estar en ese escritorio no te servía sino para ganar penas y perder tiempo.

Te mantuviste en el cargo durante ese verano agobiante y aburrido, convenciéndote contra toda la evidencia de que ayudabas a pacificar el clima de la provincia, pero los días pasaban y todos parecían olvidar que eras gobernador provisorio, sin capacidad ni deseos de ocupar cargos de tal naturaleza. Más te llamaban, en ese tiempo sin guerra en el mar, las semillas y el ganado, que los decretos y los despachos.

Escribiste a Lavalle y te quedaste en tu casa.

Al General Juan Lavalle, 3 de mayo de 1829

“Excelentísimo Señor:

En diferentes ocasiones he manifestado ya a V.E. los ardientes deseos que me animan a dejar el delicado puesto a que V.E. se dignó llamarme y que ocupé por la sola razón de no excusar sacrificios en favor de un país a quien debo tantas consideraciones y tantos beneficios.

”V.E. y todos los ciudadanos tienen pruebas auténticas de que siempre que ha sido necesario combatir a los enemigos de la República, he cumplido el deber de un soldado, y nunca he huido de las fatigas ni el peligro. Entonces podía dar a mi Patria Adoptiva el tributo de mis cortos conocimientos, pero hoy que fuera de la esfera de mis facultades me hallé sosteniendo una carga que no puedo soportar, faltaría a mi deber y traicionaría mi conciencia, si no pidiera decididamente a V.E. se digne permitirme dejar el honorable cargo que ocupo.

”Cuando lo admití juzgué que sólo se me exigía un servicio de corta duración, y me decidí a prestarlo por dar una nueva prueba de que mi único anhelo es el bien y la tranquilidad del País. Desgraciadamente, se ha alargado esta época, y V.E. se ve aún en la necesidad de combatir en campaña. Yo espero que sus triunfos y la fuerza de la opinión que apoya la causa del orden concluirán en breve la pacificación general de la Provincia; pero entretanto la Capital necesita de una dirección acertada, y yo confieso sin rubor que no puedo darla.”

William Brown

¿Fue así la noche en la que recibiste a don Manuel Dorrego, todavía gobernador?

¿Era una noche así, fría, lluviosa y desvelada, o es que el desvelo te dura desde entonces, o es que así fueron todas tus noches?

¿No es que estuvo en tu casa el gobernador ya casi sin poder sobre nadie, con el poder del ejército que bajó de Brasil listo para derrotarlo?

Estuvo acá mismo, sentado frente a un fuego como éste, o delante de la puerta en una noche de calor y cielo limpio, no importa. Importa que fue a contarte qué haría, o qué no sabía hacer. Fue a contarte sus dudas, y sus impotencias con la patria incontrolable.

Quería saber si debía hacer caso a López, y correr a Santa Fe para refugiarse con alguien que hacía tan poco había sido su adversario en la batalla.

Quería saber si debía atender el consejo de Rosas, que le recomendaba quedarse en la provincia, si al fin y al cabo era el gobernador de Buenos Aires, y era entre sus tropas y peones de estancia donde debería encontrar refugio y protección.

Había recibido la invitación de Ángel Pacheco, que le ofrecía su estancia, su casa, su tropa, su fortuna y su honor para protegerlo.

Tenía la posibilidad de ir a un cierto lugar en Navarro, a la estancia con el sugestivo nombre de La Escondida, si no para protegerse, para ocultarse.

Eran todos planes que duraban mientras duraba el entusiasmo para expresarlos. Ni bien analizaban las oportunidades, las posibilidades de éxito de cada plan, la conclusión que aparecía era la misma: así no es posible.

Esa noche, frente al calor que se metía por la puerta, frente a las dudas que rondaban la conversación y todo en la casa, como el joven centinela que canturreaba mientras cuidaba la casa y las espaldas del gobernador al que le había tocado en suerte acompañar, le hiciste tu propuesta, le contaste tu experiencia, le ofreciste una oportunidad. Gobernador, si piensa galopar tantas leguas para llegar a La Escondida, o para cruzar hasta Santa Fe, piense cuánto tiene para llegar a la frontera. Si usted va más allá de los pagos de Areco, ahí se encontrará con unas lagunas...

Ah, sí, interrumpió Dorrego, si es ahí donde yo le he dicho de establecer el Fortín. Es ahí donde tengo unas tierras, la estancia La Oriental. Es ahí donde me propongo hacer una defensa frente al avance de los indios que vienen por el oeste. Y dibujó en el aire el plano imaginado para el Fortín que mandaría construir junto a la laguna.

Antes de hablar de construir el Fortín, que para eso debe usted conservar su cargo de gobernador, debe ocuparse de construir una buena escapada, y en eso le servirá la gente que vive por ahí. Déjeme contarle, porque yo los conocí, y son gente buena, aunque no tengan nuestra religión, y no responden a López, ni a Rosas, ni a usted, ni a nadie, así que no se sienten obligados a tomar partido: sólo debe llegar hasta ellos, y pedir refugio. Yo los conocí y por ellos conocí esta tierra, y definí que

mi lugar es acá, y no otro. Atravesaba la pampa rumbo a la cordillera para llegar a Chile, con un cargamento que traía de Londres, telas y sombreros y utensilios de toda clase que desembarqué en Buenos Aires, y me fui a Chile con la idea de que allí obtendría mejores precios que en esta ciudad invadida por los comerciantes, y como de la mano, por la pobreza. Contraté carretas y carreteros para llegar hasta Mendoza y luego ver, pero a pocos días de andar fue que me asaltó un grupo que, en el primer momento, confundí con indios. No lo eran, y estaban muy preparados y dispuestos para pasarnos a mejor vida a mí y a los carreteros que me llevaban. Entonces no supe por qué y no lo sé ahora, de algún lado llegaron los que sí eran indios. Entonces no lo supe y sigo sin saber, pero lo cierto fue que los indios cargaron contra los que nos atacaban y, con la tarea cumplida, se acercaron a nosotros y nos guiaron hasta una zona en la que pudiéramos refrescarnos y descansar.

Está bien, algo se llevaron los indios, pero creo que saldaron una cuenta que tenían pendiente con los forajidos, y eso los hacía estar bien dispuestos con nosotros. Con su ayuda, llegué a Mendoza, y no crucé a Chile porque vendí todo en mi camino hasta Cuyo, y nunca me sentí más seguro que en todo el territorio controlado por ellos. Créame. Usted debe viajar hacia allá, porque allá estará a salvo de las absurdas peleas de los que dicen que dirigen un país que no se dirige a ninguna dirección, y tampoco parece ser país.

En ese lugar levantaron un fortín, como Dorrego tenía pensado.

Desde ahí salieron tropas leales a Lavalle para derrotar a los paisanos que defendían a Dorrego. Los alcanzaron en la cañada de Las Palmitas y, con su disciplina de soldados entrenados en la campaña contra Brasil, les resultó fácil derrotarlos y fusilar a los cabecillas. Como el que dirigía a los de Lavalle tuvo una conducta heroica en la batalla de Junín, así se nombró al fortín del que habían partido. Otra pena en mi corto tiempo a cargo del gobierno, repartir felicitaciones y reconocimientos de un tiempo que ojalá no hubiera ocurrido.

SÁBADO A LA NOCHE (junto al fuego)

¿Hay algo más allá, abuelo? Mirábamos el mar y las gaviotas caían sin piedad sobre presas invisibles.

Más allá está América, Bill.

Esperé un comentario, alguna explicación, pero no llegó. Volví a preguntar: Abuelo, ¿qué es América?

América es la tierra de la eterna juventud, Bill, de la libertad eterna.

Entonces, ¿por qué no vivimos allá?

Es una historia larga, pero tal vez pueda explicártela. Desde el tiempo de los abuelos de mis abuelos, y quizá desde antes, antes todavía de San Patricio, los irlandeses conocían que más allá del mar, donde nuestros ojos no ven otra cosa que mar y cielo, mucho más allá, existe una tierra. Para ellos, y te estoy hablando de Finn y los suyos, aquella tierra era Tirnanoge, la tierra de la eterna juventud.

Tuvieron noticias de esa tierra por viajeros que atravesaron el mar, y conocieron aquella gente, siempre sana, siempre joven y alegre; y además de todo, eterna.

¿Por qué no viajaron a ese país tus abuelos?

No creas que cualquiera podía llegar a esos lugares. Hacía falta una fuerza enorme, y aunque los de entonces eran más grandes y fuertes que nosotros, no era fácil.

Cuentan, pero esto es simplemente un cuento y tal vez no debas creerlo, que un hijo de Finn, al que llamaban Oisín, vivió en aquel país trescientos años, y a su regreso contó...

Trescientos años es mucho.

No hay tiempo en esa tierra, pero en el tiempo de acá fueron trescientos años.

¿Qué contó?

Eso es muy interesante, pero te diré primero cómo llegó a Tirnanoge, si lo quieres saber.

¿Cómo llegó?

Muy fácil. Una tarde, o una mañana, no lo sé, estaban Finn y su hijo y toda su gente junto a un lago, preparando una cacería. Estaban dispuestos los caballos y los perros y Finn había indicado quién tomaría por la derecha y quién por la izquierda. Entonces vieron a una joven mujer, más hermosa que cualquiera de nuestras mujeres, vestida como una princesa y montada en un caballo más blanco y ágil que el mejor de los nuestros. Todos quedaron maravillados por semejante visita, y Finn en persona saludó a la joven y la invitó a sentarse a descansar junto a ellos. La mujer agradeció la invitación de Finn pero se mantuvo en su silla, y se presentó. Su nombre era Niam, la de los Cabellos de Oro, y era hija del rey de Tirnanoge. Todos ahí sabían qué era Tirnanoge, aunque nadie lo conociera. Finn preguntó a la joven si podía ayudarla en

algo y Niam, mirando otra vez a Oisín y de nuevo a Finn, le dijo a éste que venía a buscar a su hijo, para ser su esposa y vivir con él para siempre.

“Bien”, dicen que le respondió Finn, “si Oisín lo quiere, puedes quedarte con nosotros”. Pero no sería así; Niam había cruzado el mar para llevarse a Oisín con ella, al reino de su padre, donde hay oro y plata y joyas, miel y vino; donde los árboles dan frutos todo el año y siempre están floridos; donde nunca hay guerras y nadie envejece ni muere.

Finn miró a su hijo, que era el menor y a quien él más quería, y lo interrogó en silencio. Oisín pidió el permiso de su padre, saludó a sus hermanos y compañeros y montó el caballo que la joven, con un movimiento de sus riendas, hizo galopar hacia el oeste.

Dicen quienes los vieron que el caballo galopó hasta el mar y después de un solo largo relincho enfrentó las olas y voló sobre ellas.

Así fue como Oisín conoció la tierra de la eterna juventud.

Mucho tiempo después nuestros monjes, que recorrían el mundo y todo lo conocían, llegaron a esa tierra y conocieron a los que vivían allí; aunque no dijeron que por allá fueran eternos.

Después, como llega la plaga, llegaron los ingleses. Pero entonces ya le llamaban América.

Y ahora volvamos a casa, dijo mi abuelo, que hace frío.

Ahora entiendo, abuelo, por qué tus abuelos no viajaron a América.

¿Por qué? Quiso saber mi abuelo sorprendido, con el tazón de leche entre las manos.

Si allá también mandan los ingleses.

Bueno, eso fue cierto, pero ya no. Ahora América es otra vez la tierra de la libertad eterna.

Entonces quiero conocer América. ¿Qué pasó con los ingleses en América?

Pasó lo que va a pasar un día en Irlanda: los echaron, como se irán de acá. Muchos irlandeses pelearon, y todavía lo hacen, para que los ingleses no se apoderen de América. Tal vez un día, tal vez pronto, conozcas la tierra de la eterna juventud, la Tirnanoge que conoció Oisín.

Abuelo, ¿cómo sabes que Oisín conoció América?

Porque él regresó a Irlanda, y lo contó. ¿No te lo había dicho? Toma tu tazón de leche y siéntate conmigo junto al fuego. Te diré: Oisín viajó con Niam sobre el mar, cruzó países maravillosos donde realizó proezas increíbles, y al llegar a Tirnanoge el rey consagró el matrimonio con Niam la de los Cabellos de Oro, y le ofreció la diadema que lo protegería de todo mal, de modo que sería eterno como todos los de aquella tierra. Pero sabes qué sentimentales somos los irlandeses; cuando habían pasado tres años, Oisín pidió a su esposa el permiso para visitar a su padre Finn y a sus amigos en Irlanda. “Nada será igual”, le dijo Niam, “pero si es tu deseo, hablaré con mi padre para que viajes”. Tanto apreciaba el rey a Oisín que, aunque temía que no regresara, lo autorizó a viajar, aunque con una recomendación: no debía bajar del caballo, no debía tocar el suelo.

Oisín prometió respetar todas las indicaciones, y juró a su esposa que regresaría después de abrazar a su padre. Hizo, tan rápido como

el camino de ida, el viaje de regreso a Irlanda. Cuando el caballo tocó el suelo irlandés Oisín se sintió tentado de besar la tierra donde jugara de niño, pero recordó las palabras de Niam y se cuidó mucho de no bajar de su montura. Encontró cerca alguna gente pequeña a la que preguntó acerca del paradero de Finn, pero no supieron responderle.

Recorrió algunos caminos buscando a los suyos pero nadie sabía de ellos. Después de algún tiempo de cabalgar llegó a un cruce de caminos que estaba atascado por una piedra. Un grupo de hombres, tan pequeños para él como los que había visto antes, trataban de mover la piedra sin suerte. Preguntó a esa gente por Finn, y el mayor de todos le dijo: “Finn, oí hablar de que hace mucho vivía una gente cuyo jefe era uno llamado Finn, y escuché también que Finn murió de tristeza cuando su hijo Oisín casó con la hija del rey de Tirnanoge y fue a vivir allá”. “¿Cuándo fue eso?”, dicen que preguntó Oisín curioso y triste por la noticia de la muerte de su padre. “¿Que cuándo ocurrió?, ¿cómo podría saberlo? A mi abuelo se lo contó su abuelo.”

Oisín cambió su rumbo confundido, y el viejo le dijo: “Por favor, ayúdanos a mover esta piedra, con tu fuerza y tu tamaño te será muy fácil”. Oisín se volvió, y desde la altura de la silla empujó y casi movió la piedra, pero perdió el estribo y cayó al suelo, donde se convirtió enseguida en un viejo tres veces más viejo que el que le había pedido ayuda. El caballo, con un largo relincho, se perdió al galope en el oeste.

Todo esto que te cuento se supo porque Oisín pudo contarle antes de morir, con la bendición de San Patricio.

DOMINGO

“La victoria naval de Montevideo es lo más grande que hasta el presente ha realizado la revolución”

JOSÉ DE SAN MARTÍN

Abríguese, don Guillermo, le dice uno de los peones que está tomando mate junto al fuego cuando lo ve aparecer en la cocina. La mañana está fría, cayó agua como hace rato no veíamos.

¿Quién es el que anda por el camino con este barro?, quiere saber don Guillermo asomándose por la ventana, pero ya lo adivina. ¿Quién si no?, ¿quién puede ser sino mi amigo Fahy?, y ordena al peón: salga a recibir a este hombre, no sea que se nos caiga en un charco.

Es más baqueano que vos, dice Mary Agnes desde su eterno rincón de la cocina, habrás de caerte y levantarte unas cuantas veces antes que nuestro cura Antonio pegue un resbalón.

¿Por qué será que hay que escucharla tan temprano, y con esa voz de lechuza? ¡Liza!, ¿dónde está Liza?

Está peinándose para recibir al padre, y también podrías hacer algo de eso.

Échale agua caliente a la palangana. Creo que tengo que ponerme

un poco más decente para recibir a este corajudo. Y caliente agua para que tomemos una taza de té. Tráeme una camisa, y la chaqueta.

Ábrele la puerta al padre, Mary Agnes. ¡Liza!, ¿dónde estás?

Acá estoy, viejito cascarrabias. No dormiste bien anoche y no me dejabas dormir. Pero ya es de día. ¡Qué día!, ¡qué maravilloso día domingo nos regala el Señor! ¡Y qué lindo regalo es su visita! Bienvenido, padre Antonio, adelante.

Mary Agnes, ¿con qué me seco?, ¿dónde está la chaqueta? Va a entrar el cura en mi casa y yo en camiseta, no son modales.

Mientras éste limpia, el cura Antonio Fahy entra en la casa con la misma naturalidad con que lo hace cualquiera de sus habituales ocupantes, se quita el sombrero y el poncho que trae atravesado sobre los hombros y va directo a saludar a don Guillermo.

Otra vez, padre Antonio. Siempre me encuentra así vestido.

Es su casa, ¿no? Mañana salgo para el sur y quería saber de ustedes antes de ponerme en camino. Andaré un tiempo recorriendo campos por ahí, nunca se sabe cuánto se demora uno entre una cosa y otra. ¿Dónde está Pat? Buen día, Mary Agnes.

Y todavía no calentó el agua para el té.

Para mí también es domingo, Bill. Buen día, padre. Pat está podando las vides, allá atrás. Vaya a buscarlo mientras preparo la mesa para el té.

El cura Fahy no espera a llegar cerca de Pat para saludarlo. Lo hace desde lejos, con un silbido penetrante y un amago de balada irlandesa que se diluye luego en un diálogo que mantienen a la distancia

hasta que se encuentran, uno arriesgándose en terreno barroso, el otro bajando de la escalera a la que había trepado para arreglar las vides.

Con esta costumbre de poner tan altas las guías, me obligan a trepar a una escalera. Sobre el Mediterráneo he visto las guías de las vides a un metro del suelo.

Claro que se pierden la sombra que éstas ofrecen en el verano. Regresan conversando hasta don Guillermo, que los espera junto al fuego y la cruz de hierro donde se cocina un cordero: vamos a tomar el té, que los escones de Mary Agnes no esperan.

Para celebrar ese domingo, Elizabeth da indicaciones a los de la casa. Mary Agnes ya preparó los escones y los panes que acompañarán el almuerzo. Pat es el encargado de cocinar el cordero en la cruz, sobre el fuego que logró encender temprano.

Tienden un mantel alisado con pasión por la propia dueña de casa y se sientan a comer cuando Pat entra con la enorme fuente de loza blanca que ocupará el centro, entre la fuente con papas y zapallos, y los botellones con vino y agua.

Don Guillermo y el padre Fahy ocupan los extremos. A un lado, Elizabeth y Pat; al otro lado, cerca de la cocina, Mary Agnes y el peón. Fahy bendice la mesa y los demás, incluso el peón, acompañan las oraciones en inglés.

Señores, no todos tienen el privilegio de saborear un cordero preparado por Pat. ¡Buen provecho!, dice Elizabeth, y echa vino en la copa de Fahy.

Ese día, le dice don Guillermo al cura Antonio Fahy que lo visita puntualmente como todos los domingos mientras está en Buenos Aires, si no es que anda montado en su caballo entre pueblo y pueblo de la provincia, no pensé quiénes habrían sido. Juntamos los cuerpos, los enterramos y rezamos por ellos. Los contamos, tantos nuestros, tantos de los otros, pero no quiénes. Lo mejor era terminar el trabajo mientras hubiera luz y permitir que los hombres tomaran un trago.

Cada uno de nosotros hubiera podido estar en esa lista de enterrados

en Martín García, o entre los que arrastró la corriente. Pudo haber sido mi familia la que se quedara sin el padre; fueron otras.

Listo. Era lo que nos habían pedido. El río Paraná, el Uruguay, libres de molestos españoles. ¿Para qué hacer preguntas? ¿Para qué hacer juicios? Teníamos una razón para la pelea, para matar. Ellos también, creo, tendrían alguna explicación para darle arriba a Dios.

Después no hay nada que decir.

Dios, en su sabiduría, dice un padre Antonio contemporizador, conoce el secreto de tus acciones y sabe que lo que hiciste a esa gente fue para el bienestar de este país.

Tal vez Dios sepa más de mí que yo mismo. Y espero que haga un buen balance de mis acciones. No puedo hacer nada para cambiar lo que ya está hecho. Además, no lo cambiaría. En Martín García peleábamos por el control de los ríos, por la seguridad de las ciudades, de la gente. Parecía que los realistas nos atropellaban sin que pudiéramos hacer nada. ¡Toquen algo, ustedes!, recuerdo que grité en medio de la confusión y no pensé, no me acordaba, pero comprendí cuando arrancaron con “Saint Patrick Day in the morning”. Claro, lo tenía a Patrick de mi lado, era su día.

No era 17, fue un 15, aclara Pat desde unos metros, ocupado otra vez en las guías de la vid.

¿Sí?

Según tus cuadernos.

Sin embargo. Y aunque no fuera, alguien de arriba nos ayudó, y debió de ser Saint Patrick, acostumbrado a echar víboras allá en Irlanda,

el que nos ayudó esa mañana a limpiar la isla de españoles.

No recordaba que el pífano y el corneta eran irlandeses, y qué iban a tocar si no era música de allá, y lo hicieron con tanto entusiasmo, tal vez desafinado metieron tanto ruido, que no quedaron realistas en la zona.

Borramos la realeza, ganamos con la fantasía. Los españoles nunca sospecharon que podría irles tan mal en ese río. Larrea y los demás de la Junta de Gobierno, que nos habían mandado al ataque, no esperaban un resultado así. Nosotros tampoco.

Mandé el parte del combate al Fuerte de Buenos Aires. No me creyeron. Volví a contar cada uno de los barcos españoles dañados; no había dudas. En esos días les hicimos sufrir a los españoles uno de sus grandes dolores: la derrota en estos mares. Ya sabe usted, padre Antonio, qué clase de mar es éste donde los españoles aprendieron a perder en América. Siempre quedó para mí, se lo digo y cárguelo en mi lista de secretos de confesión, la seguridad de que en Buenos Aires no entendieron nunca cuánto valor tuvo para los del rey el desastre naval en Montevideo. Y eso comenzó esa mañana en Martín García. Por eso entiendo que el joven Alvear (era joven entonces y creía que él solo cambiaba el mundo, y que estas provincias se sostenían sobre la fuerza de sus manos) que no se haya molestado en consultar conmigo la resolución del sitio de Montevideo: no pensó cuánto había ayudado la destrucción de su flota a que los españoles cedieran la ciudad. San Martín sí, él entendió; era difícil que la Revolución tuviera éxito si nos encerraban en Buenos Aires. No faltó mucho para que eso ocurriera, y la Corona de España puso sus mejores

tropas navales para lograrlo.

Mira, Pat, habrá sido el 15 o el 17. Los derrotamos y les robamos Martín García. Después los bloqueamos en Montevideo. Pero éramos nosotros los cercados, y el primer paso para que los laureles del doctor Vicente López fueran eternos y no sirvieran para alimentar el fuego donde quemar a los libertarios, fue la destrucción de la flota real en esta parte del Atlántico. Fue mi primer aporte a la libertad. Alvear era joven entonces, y no lo comprendió. Éste es un país joven, todavía.

Si no fuera por este frío en las piernas y por algún dolor que me da en la espalda; si no fuera por eso, padre, y porque los que gobiernan este país decidieron hacer de mí un monumento callado antes que verme vivo y opinando. Me escuchan si hablo de los españoles, de calados y de tácticas de guerra, recuerdos de fechas que no influyen en el poder de los gobernantes. Pero me silencian si me atrevo a decir, a preguntar acerca de la razón de estas muertes en la ciudad.

Hay balas todas las noches. Hay piquetes de bandos que no conozco.

Son todos del país, ¿o hay brasileños entre ellos? ¿Éste es un país todavía?

Todos hablan español, pero no se entienden.

No es que no conozca a mis paisanos, ni que nunca haya vivido estas luchas, pero si no fuera por este frío que siento en las piernas, iría a la ciudad, hablaría con esta gente que gobierna, les preguntaría si piensan en el triunfo de su bando o en conseguir la libertad. ¿Existe, padre, esa palabra?, ¿los escucha hablar de eso en las tertulias?

¿Qué es la libertad? No creo que sea un permiso para eliminar al otro. No creo que sea patente de corso para andar por las calles barriéndole la vida. Bastante pobre y triste es la ciudad como para que se emitan bandos de detención. Después, ¿quién detendría a los bandidos?

Don Guillermo acomoda el cuerpo en la silla, se afirma en los respaldos, unta con manteca un escón que conserva el calor del horno y se olvida de todo. Revuelve el té con la cucharita, se demora observando el remolino donde suben, y luego bajan, las hebras de té.

Escucha la voz imperativa de Fahy, que no comparte con él esa

visión a la que llama pesimista y negativa, y poco cristiana. No debe perder la paciencia, le aconseja, si parece un muchacho con los arrebatos y ese atropellado modo de opinar sobre las cosas del gobierno.

Están poniendo orden, están encaminando la actividad económica y facilitando las condiciones para que llegue la inmigración. Si don Guillermo fue siempre enemigo del desorden.

Cierto. Pero supe lo que es el orden de fuego y tierra arrasada. Y si usted está pensando en inmigrantes, y piensa en nuestros irlandeses queridos, recuerde que ninguno dejaría la familia si pudiera elegir.

Usted podrá invitarlos, como alguna vez hizo O'Brien, a que elijan vivir acá y no en Boston. Pero ellos saben que hay un lugar donde quieren vivir, y no podrán vivir, y ese lugar es su granja, nuestra Irlanda.

Ese *green Ireland* que dice Pat, la tierra de sangre, de fuego y de azul intenso y bravo en el mar. Y eso tampoco es libertad. Yo no estoy tan seguro, padre, de qué es la libertad. Puedo decirle lo que no es. Y me parece que esto no es.

Tal vez sea algo que buscamos y que no tendremos del todo en este mundo, es la opinión de Fahy, pero yo me encuentro con ella cuando voy a caballo para Navarro, y el sol que sale por la izquierda me calienta los pies.

El caballo me llevó por esta tierra; más de una vez quise no ser el Brown de los combates, el jefe de una escuadra, el cañonero de la revolución, sino apenas un criador de caballos. Algunos me quedaron, pero supe tener tropillas, le habré contado. Una tarde también, en un galope desde Quilmes, me sentí libre.

Son momentos. Años atrás, cuando me obligaron a rendir el pabellón y aceptaron mi retiro, todo estaba hecho; no precisaban de mis servicios, los hijos estaban crecidos, era tiempo de descansar. Vámonos a Irlanda, dijo mi mujercita. Ahí también fui libre, en ese viaje sin obligación de mando, donde no era capitán ni preso.

Mi humor mejoró durante el viaje. En las cenas escuchaba las historias del capitán, como si no conociera esa vida. Era tan bueno escuchar de otro el relato de sucesos que hubieran podido ser de mi propia vida, que levantaba con él la copa y brindábamos cada noche por todos los puertos, por todos los amigos del mar, por todos los amores que nos dieron los puertos.

Cuando desembarcamos en Liverpool mandé a publicar la noticia de mi llegada. Ahí vivía, igual que muchos obreros irlandeses, mi hermana Mary, y en una ciudad tan grande no sería fácil encontrarla.

Volví a publicar dos veces la noticia, y al mes dejamos Liverpool sin saber nada de ella.

Cruzamos a Irlanda y en el pueblo, oficiando de tabernero, estaba Miguel. Dígame, padre, si no es una bendición para un hombre de mi edad entrar en el pueblo y que alguien me grite *¡Hey, Bill!, ¡Wellcome, Bill!*, cincuenta años después. Miguel estaba en la taberna; el que me salvó de los españoles en Guayaquil; el que usó mi nombre para sembrar el terror entre los hacendados de Brasil, el que ayudó a mi Elizabeth mientras estuve preso en las Antillas; este Brown, el

más bravo, me esperaba más viejo, más calvo y más feliz que lo que nunca lo viera.

Miguel no era más el organizador en las naves, el que no descuidaba detalles ni dejaba pasar necesidades en la tropa, el que aconsejaba en los momentos difíciles. Si lo hubiera tenido esta última vez contra los bloqueadores, otro sería el cantar.

¡Qué falta me has hecho, Mick!, lo saludé.

Yo también te necesito, me han traído un whiskey y lo tenemos que probar.

La taberna se llenaba poco antes de la puesta del sol. Claro, no era grande ni era tanta la gente del pueblo, pero también llegaban de granjas vecinas y eso se parecía mucho a una laguna de gaviotas. El día era para nosotros. Miguel se casó pero no tuvo hijos; su vida es la taberna. Con nuestra visita todo se alteró un poco. Cada día Maggie, su esposa, nos convidaba con un plato nuevo, una nueva salsa, un postre distinto.

Antes de almorzar caminábamos por el puerto, conversábamos con los pescadores, íbamos por la calle larga hasta el puente, y las palabras trataban de salvar veinte años sin habernos visto. Él tampoco tuvo noticias de Mary. Tal vez ya no viva en Liverpool, tal vez ya esté en América.

A la noche, padre, le decía, se juntaban muchos que habrían sido mis amigos si me hubiera quedado, o los hijos de mis amigos, y las historias eran siempre nuevas, aunque estuvieran contando lo mismo; si eran cincuenta los que estaban esa noche, podrían ser cincuenta

versiones del mismo hecho; en cada momento aparecía una canción nueva, que era la misma que cantaron mi abuelo y mi padre, pero con algo que había nacido en la taberna esa noche.

Un anochecer de esos en que todos entraban con sus capotes y pedían un trago, un joven comenzó a contarme una historia; todos querían contarme lo que había sucedido en mi ausencia. Este muchacho, un tal Rafferty, me explicó de qué manera un cura y un hilandero del pueblo armaron la más mortífera trampa para los asquerosos ingleses, que se llevaron un susto como para aprender quiénes son los irlandeses de esa parte.

Aprovecharon un viaje que haría el gobernador al pueblo. El gobernador viajaba con una comitiva para protegerlo y para castigar cualquier intención de no pagar impuestos.

El cura sabía las costumbres de esa gente. Anotó movimientos, disposiciones de la tropa, horarios. Dejó en manos del hilandero la recolección de las pocas armas y de las piedras que se necesitarían. El cura en persona buscó en sus casas a los que serían los fusileros. Explicó a uno por uno lo que deberían hacer para recibir al gobernador como se merecía.

Y así fue, según me contó el joven Rafferty. El gobernador cruzó el río por el puente viejo, primero en la columna con el guía y el trompa, muy orondo en su coche.

Cuando se cruza el puente, el camino tiene una pequeña trepada y luego una curva. En esa curva teníamos un árbol enorme, que usted debió conocer, me dijo el muchacho. Esa mañana Dios estaba del

lado de nosotros, porque había una bruma que complicaba la visión.

El gobernador ordenó a su gente ir muy juntos desde el puente en adelante, así que cruzaron el río y treparon por el camino; les quedaba la curva y ya estarían en la entrada del pueblo. Fue entonces, señor Brown, cuando ese árbol que usted conoció se les vino encima bloqueando el camino y espantando los caballos del gobernador. Pero ahí no terminó todo, porque atrás se escuchó un ruido sordo, como si el río hubiera crecido de golpe, como si la crecida se hubiera llevado el puente. En verdad, el puente ya no estaba y la comitiva quedó atrapada.

Conozco esa historia, dijo el padre Fahy, en mi pueblo también hubo alguien tendiendo trampas a los soldados ingleses, ilusionándose con echarlos a palos, emborrachándose con esa idea. Y con mucha cerveza. Ese tiempo que estuve en mi pueblo los vi tomar cerveza, los vi entrar en la miseria y el hambre, los vi esperar resignados el infierno de la peste. Hablaban, cantaban y chupaban como terneros, sin más esperanzas que la vida eterna. Ellos sabían que estaban muertos.

Quiero ver a Garibaldi, me acuerdo que pensé y le dije a Elizabeth

cuando el barco cambió el Atlántico por el Río de la Plata.

Pero cuando llegué a Montevideo, apenas me senté a contar a

nuestra hija Martina todo lo que habíamos visto y vivido en Irlanda,

ahí se me apareció Garibaldi, el pelo revuelto y largo como le gustaba

llevar, su sombrero requintado, su verborragia y Anita, una belleza

que conquistó en Brasil, peleando para los de Río Grande, creo.

Bueno, quién sabe si conquistó o fue conquistado por la belleza

de esa chica maravillosa que se presentó ante nosotros con la naturalidad

de las frutas tropicales. Cuando tenga un hijo, así me habló

Anita, el que nazca varón llevará su nombre.

¿A qué debo tal honor? ¿A que pasé años persiguiendo a Giuseppe,

complicando sus días, desvelando sus noches? ¿Cree que lo

perseguí para matarlo, para apresar a un muchacho que me recordaba

las mejores aventuras de mi vida? Estuve a punto, cuando fue lo

de Arroyo de la China. ¿O no fue ahí, *signore* Garibaldi? Lo tuve al alcance

de la mano: lo dejé ir. ¿Qué haría yo con tanta libertad como la

que había en ese muchacho?

¿Por qué habrían de ponerle al niño el nombre de este viejo cascarrabias?

Porque, dice Giuseppe, dicen los marineros, dicen todos, no habrá

en estos mares del sur un capitán bravo como don Guillermo

Brown. Lo dicen los europeos, lo saben los brasileños, lo aprendieron

todos. Bravo y valiente, y buen hombre. Nadie podrá decir que

Brown lo traicionó, que incumplió alguna de las reglas del mar. Pero además, cualquiera podrá decir que hizo lo que hizo peleando con poca tropa, poca artillería, y mucho corazón. Habiendo podido ser el almirante de los Imperios, prefirió elpreciado título de almirante de los libres. Sé que nunca fue rico, y que ya no lo será, pero me impone enorme respeto el que lucha por la libertad. Por eso, y entonces Garibaldi me pidió permiso para encender la pipa y me invitó a fumar, y acarició su barba y su bigote, por eso he dicho a Anita que el primer varón no llevará mi nombre sino el suyo, en homenaje a usted, que es un grande, si usted me dispensa ese honor.

Quiero ver a Garibaldi, había pensado y se lo dije a Elizabeth. Pero cómo podría esperar un gesto así de este italiano enorme.

Debí de estar cansado por el viaje, un poco afectado por el recuerdo de mi hermano y de mi país. La verdad es que me emocionó escuchar a este Garibaldi tantas veces perseguido, al que tanto combatí, y de quien no conocía la voz y apenas, lejanamente, la cara. Me costó ponerme de pie, pero pude, y de pie con Garibaldi y Elizabeth, y la dulce Anita del trópico, brindamos con un vino que Martina trajo a la mesa, y llegó la noche temprana a Montevideo, con un perro que asomaba el hocico curioso por la puerta.

DOMINGO A LA TARDE

“Querida comadre: ...habiéndoseme negado pasaporte por el Director y no hallado aquí cómo mantener a mis pobres hijos, me determiné volver a Inglaterra y arrojarme a los brazos de amigos y parientes quienes estoy cierta no me dejarán faltar nada y me asistirán en todo...Mi marido ausente, dos hermanos con él y sin saber nada de su existencia, ni tener a mi lado partido que tomar más que el de volver a Inglaterra. El Director me ha dado a entender que si llegase a perecer Brown, el Gobierno debía quedar propietario de todos sus bienes...”

ELIZABETH CHITTY DE BROWN

El sol, que no ha logrado calentar, está alto cuando el padre Fahy pone el pie en el estribo y haciendo girar el caballo en la entrada de piedra de la quinta de don Guillermo, avanza por la calle barrosa y vacía.

Don Guillermo y Pat, que lo acompañaron hasta la puerta flanqueada por los cañones, regresan despacio a la casa, y vuelven a sentarse junto a la cocina.

Pat busca las copas. Mary Agnes ya las lavó y las está guardando. Encuentra dos jarros y en ellos echa un poco de vino.

¿Qué recuerdos nos quedan cuando llegamos a estos años, Pat?

Todo es recuerdo. Todo el presente es un desfile de la memoria, y no te dejan saber si este olor que nos trae el viento es el olor del barro

del río o es el olor fuerte que aspiré escondido entre las rocas en Foxford, escapándole a los ingleses con mi padre. ¿Conociste Foxford?

Si naciste al sur, ¿qué podrías saber de piedras y de pájaros que anidan en las piedras? Mi padre hablaba con ellos *silence please, stay quiet*. Nuestra vida atada al pico de un pájaro. ¿Lo entiendes? *Bloody english*, llegaron con sus caballos al pueblo, quemaron casa por casa. A eso estoy llamando casas. Y mientras abajo todo ardía ellos nos buscaban sin animarse a subir. *Daddie* hablaba con los pájaros y mi tío con Dios; los otros esperaban con horquillas y palas, dispuestos para la defensa; las madres tapaban a sus hijos como a pollos y yo, lejos de *mammie*, comía pasto. Acá tengo el sabor. Cada vez que digo Irlanda, es para mí ese sabor en la boca.

Old green Ireland, suspira Pat oliendo el vino que mantiene en un jarro entre las manos.

Nunca vi en Irlanda ese verde, dice don Guillermo. Recuerdo el pasto entre las piedras. Este olor de río para mí es el olor del pasto que masticaba para que no se oyera mi llanto. Para que los ingleses no nos descubrieran por mi llanto, para que mi padre no sintiera pena o vergüenza por mis lágrimas. Esa arena entre las piedras se volvía barro que masticaba con el pasto y ahora lo huelo, siento su gusto acá. Creo a veces que ésta es mi casa desde siempre. Que el fuego que Mary Agnes mantiene encendido es el que atizaba mi madre todas las mañanas para darnos calor. Ése es el fuego de mi madre. Se me confunde en la memoria con el que trajeron los soldados ingleses.

¿Los viste alguna vez arrasando? Cuando naciste eran dueños de todo.

Siempre fueron dueños de todo. Pero entonces no habían podido dominar los corazones. El fuego de mi madre no es el de ellos. El de ellos es la guerra. También conocí ese fuego. Y lo encendí. En algún lugar, adentro, llevo también ese fuego.

Ireland es una tierra verdísima con sombra de montes a lo lejos. No conocí los montes hasta que viajé a Cork para embarcarme, dice Pat. Es un plato verde con bordes de montañas, y empina el jarro. *Daddie* lo decía: *Green Ireland*. No. No es ésa la Irlanda de mi memoria. Mis abuelos tenían granja, criaban ganado y sembraban trigo, papas; el aire era fresco y suave y el campo era... Pero no conocí ese campo. Los habían expulsado antes de que yo naciera, y para entonces mis abuelos eran viejos cansados e inútiles, y mi padre olvidaba atender las ovejas por pensar una emboscada para el ejército británico o al menos una burla para el gobernador que demostrara cuánto lo odiaban, hasta dónde llegaba su espíritu libre, tomando cerveza con mi tío, con un viejo misal como altar de ceremonias. Mi Irlanda son piedras. Yo trepaba por ellas con las ovejas; si *mammie* me llamaba corría por la calle, una, no había más, porque tal vez hubiera algo para comer. *Mammie* atizando el fuego en las mañanas, fuego de invierno, frotar las manos, golpearlas y cantar *Fait of our Fathers* para ver si al menos con nuestra fe se salvaban las ovejas en esos fríos. Sería otra canción, aclara Pat, porque *Fait of our Fathers* fue escrita hace diez años.

Se la habrán copiado a ella, yo la recuerdo todavía hoy cantada por mi madre. Siempre hubo, Pat, y habrá siempre, de esos que le ponen firma a lo que escucharon a otros.

Dame vino.

Lo vi muchas veces: mi tío celebraba misa entre las piedras. Todos conocíamos el recitado de oraciones y respondíamos a coro. Ahí no había ingleses. No llegaban. No lo intentaron nunca. La iglesia estaba cerrada desde hacía, no sé. No tenía techos. Los ingleses habían prohibido las misas, y en la iglesia no había. Ellos sabían de aquellos montes, pero no se animaban. En casa, de noche, tomando cerveza, *daddie* y mi tío hablaron de lugares y de días, de hombres. Dibujaron mapas con los dedos mojados en cerveza: el puente, la curva, la calle de la iglesia. Pensaban un método: cavar un pozo capaz de tragarse el coche del gobernador en su próxima visita de inspección; cortar el tronco del árbol de la curva, sujetarlo con sogas, cortar la soga entre el paso del coche del gobernador y su custodia; emboscada; fuego concentrado en el gobernador. Fuga. Días, noches, curvas, puentes.

Pero siempre llegaban a un punto. ¿Adónde ir después? ¿Matar a todos? Si en el pueblo no había fusiles. Y para escapar no tenían más que el cielo y el Atlántico.

Siempre nos tuvieron miedo, dice Pat. Los ingleses se cagaban encima cuando veían a un irlandés. Te acordás de O'Neill. Él sabía correrlos. Les echó mil vacas al lago. Mil veces. Los campos quedaron sin ganado. Él supo tratarlos. El gobernador inglés no fue a buscarlo.

Le mandó un ejército como no se veía uno por ahí desde lo de

Derry. Y O'Neill no estaba. No había nadie. No encontraron ni las ovejas. Porque O'Neill se había presentado en el castillo del gobernador.

Lo había cercado y puesto fuego y arrancado la rendición. ¿Te acordás?

¿De qué? ¿De eso? ¿Cómo voy a recordar eso, si es mentira? No existió. Nunca le echaron mil vacas al lago a los ingleses. Nunca los cercamos ni les arrancamos una rendición. Ellos tampoco pudieron rendirnos. Pero nos cercaron, nos echaron al lago y nos quemaron los campos, las casas y las ovejas. Sin embargo hoy, después de tantos años de vivir en este pueblo tan lejos de Irlanda, ¿a quién odias más que a un inglés? Yo no puedo. Combatí con brasileros y con españoles, con franceses. ¿Pero a quién odio? A nadie, sólo a los ingleses, que Dios me perdone.

Claro que es cierto, Bill, viejo peleador. No lo creés porque no estuviste. Pero también es cierto que Dios creó el mundo, aunque vos no estabas. O'Neill, por si no lo sabés, fue uno de los grandes de Irlanda. Y él fue capaz, en una noche, de robarle todo el ganado que los ingleses tenían en sus hermosos campos del norte, campos robados a O'Neill, se sabe, y que él conocía de memoria, y llevarlo en una sola silenciosa marcha hasta la orilla del lago. Y sabés cómo lo hizo.

Él mismo, O'Neill en persona, se puso frente a unos novillos que estaban quietos a esa hora de la noche, tapado con una manta. Los novillos, dubitativos primero, se le fueron acercando hasta casi tocarlo.

Entonces O'Neill, moviendo sus brazos debajo de la manta, como si fuera un enorme pájaro, empezó a caminar en dirección al lago,

alejándose de a poco de las tierras del gobernador. Todos los hijos de O'Neill, y sus hermanos, y algún amigo, estaban montados en sus caballos, listos a la orden que les diera O'Neill. Se movieron los novillos, y detrás de los novillos comenzaron a caminar las vacas.

Nadie las asustaba, y por eso no mugían. Los terneros iban con sus madres, y por lo tanto nada les preocupaba. O'Neill dejó avanzar en ese mismo paso hasta que se aseguró que toda la manada estaba en movimiento. Hizo señas a uno de sus hijos, que sin hacer ruido le alcanzó un caballo, y pronto O'Neill estaba montado, encabezando un enorme ejército de vacas, novillos y terneros, a los que guió hasta verse suficientemente lejos del castillo. Entonces dio un amplio rodeo, quedó a un costado de la manada, y con un solo largo grito agudo, repetido por sus hijos, por su amigo, creo que estaba también, dieron un empujón a la tropa y la pusieron al galope, hasta hacerla entrar toda, novillos, vacas, terneros, todos al agua, al lago; pero aquél es un lago, no una de estas lagunas de barro y junco. Y el lago se los tragó a todos, menos a O'Neill, claro, ni a sus hermanos, ni a sus hijos.

Sí, ya sé, ni al amigo ese que había ido. Dame vino.

Tal vez lo único cierto que dices sea que en Irlanda haya vivido un O'Neill, y que los ingleses le robaron las tierras, de lo demás no te creo nada. Yo vi a mi tío rezándole a Dios para que el árbol enorme de la curva no se cayera antes de que pasara el gobernador. Cantaba salmos y empinaba la botella de cerveza en la cocina de casa y *daddie* le decía que ése era el modo de terminar con los ingleses en esa parte

de Irlanda. Con tanta tierra rica que tenían más al este, para qué irían a meterse en ésa de piedras, de arena, de tanta cosa inútil. Un susto y no volverían. Alguien debió de escuchar el comentario. Alguien que no era yo, ni *mammie*, ni los chicos que eran más chicos que yo. Y por eso tuvimos que irnos a la montaña. Esconder entre las piedras. Mi tío a pedirle a Dios que los ingleses no se animaran a trepar, mi padre hablando con los pájaros; eso es cierto, no lo de O'Neill; mi padre hablaba con los pájaros y les pedía cosas, *silence* les decía aquella mañana, porque había llegado la partida y andaba tras los pasos de los Brown, vagos, borrachos y católicos; eso también era cierto. Pero todos se escaparon a la montaña con nosotros. No se sabía, ¿qué podía saberse con estos ingleses? Fuimos muchos trepados a esas piedras, haciéndonos señas de que los ingleses cruzaban el puente, tomaban la curva del gran árbol que no se cayó porque ningún hacha lo había cortado y ninguna soga lo sujetaba acechante. Se detuvieron frente a la iglesia que estaba vacía desde siempre y buscaron en su interior.

No tuvieron que romper la puerta porque no había y después de dar algunos gritos se desparramaron por la calle y buscaron en cada casa.

Como no encontraron a nadie, el jefe de la patrulla, lleno de furia, dio la orden de quemar. Quemaron todo. Todas las casas, todo lo que ardiera, todo.

Dame vino.

El cielo o el Atlántico, dijo mi padre, y no pienso morir por ahora, así que me voy a América con éste, y me pegó un golpe en la nuca. ¿Oíste, Bill?, nos vamos, compañero, el mar será nuestro, nos haremos piratas, dormiremos en cubierta y cazaremos barcos ingleses. Tal vez encontremos a mi hermano: él tiene finca y esclavos allá. Nos dará un lugar y quizá dinero, tierras. Otro destino es el nuestro y no éste de vivir entre la mierda.

No quedaba cerveza, no había papas, los animales estaban flacos y se venía el invierno. Mi padre encargó a mi tío que entre rezo y rezo reconstruyera la casa, si sabía, y empezamos a caminar, de noche, atravesando campos, evitando las aldeas, buscando Limerick.

Ahora que estoy viejo y atravesé más de una docena de veces el Atlántico, que navegué por el Caribe y el Pacífico, que soporté las sacudidas de las aguas en el estrecho de Magallanes, donde terminan las tierras, terminan las aguas y se termina el mundo, ahora puedo decirte cuánto miedo tuve cuando empezamos el primer viaje con mi padre en Limerick, prendidos como sanguijuelas al barco que nos llevó a Filadelfia, sin despedirnos de mi madre, de mis hermanos, de Irlanda.

¿Sabes cuánto miedo tuve al subir a un barco sin saber lo que era? ¿Cuántas veces entraba nuestra casa en el barco? ¿Cuántas veces entraba Irlanda en el mar? Todo el cielo entraba en el mar. Dios, nunca lo hubiera creído. Bucanero, decía mi padre, serás un gran marino, capitán del más hermoso de los barcos. Llevarás noticias de Boston a

Limerick y a Londres. Conocerás Londres. Lo escuchaba en silencio; pensaba cuánto viaje debería hacer para llegar de vuelta a casa, ¿dónde está?

En Filadelfia caminaba por los muelles, entre las estibas y los cajones de pescado, creía reconocer a mis ovejas en cada ruido que oía.

Los golpes del mar contra las maderas me traían el recuerdo de las horas de navegación y sorpresa, del estómago que subía y bajaba lleno de miedo, vacío de guiso, alimentado a caldo gordo y pan, confiado en las promesas de mi padre, encontraremos al tío, verás: él tiene hacienda y dinero; serás capitán de un barco más grande que éste.

Pero Brown, en Filadelfia, sólo estaba Alfred Brown, rico, sí, dueño de campos y astilleros, gordo y rozagante Alfred Brown que ni era hermano de mi padre ni estuvo dispuesto a encontrar ningún abuelo, pueblo o recuerdo que los uniera, ni a bajar del coche encapotado en el que viajaba para escucharnos, ni a dirigirnos la mirada. Y si el hermano de mi padre estaba en América, no era en Filadelfia, y nadie a quien consultó mi padre supo decirle dónde podía encontrarlo. Decidí que quedaríamos en Filadelfia, y no estuvo mal, porque al fin algo conocíamos: una barraca donde dormir, en la que trabajábamos de día, un cura que una vez nos escuchó, y el tabernero Mc Coll, que tomaba licor a la par de los parroquianos y me dejaba comer los restos de tocino y las cortezas de pan. Mc Coll, una barriga como tonel, una boca como letrina, una mano enorme, pesada, dura, y un corazón que era miel.

Yo sabía qué era morirse. Ese quedarse quieto después de una convulsión que tenían los corderos cuando mi padre les atravesaba

el cogote; esas figuras largas y blancas de los viejos tiesos sobre una cama o sobre la mesa, tapados con una sábana. Pero en Filadelfia supe que la muerte es, también, encontrarse de repente solo. Fue encontrar a mi padre muerto en la barraca, después de días de tos y convulsiones; secarme así, mira, con la manga del abrigo, la nariz que me goteaba, avisarle a Mc Coll con una seña, el dedo ese, el pulgar, señalando a mi espalda, a él, sin nombrarlo; caminar hasta el muelle.

El barraquero y Mc Coll debieron de ocuparse de él, creo; alguien se ocupó. Después Mc Coll se ocupó de mí. Y el mar. Algo supo darme mi padre, algo más que los insultos a los ingleses y las noches heladas en Filadelfia: supo indicarme cuál sería mi camino. Aunque él no lo conocía, y yo no creí nunca que fuera tan largo, y llegara tan lejos. No creí que pudiera ir tan lejos saliendo esa noche de Foxford.

Dame vino.

Ya sabes, Pat. Comandé algún barco, conocí puertos y mares. Fue un trabajo y un amor; sí: una pasión. De chico el mar era pasión, entera pasión, puro juego. Fui incorporado a la tripulación de *Mistar Balee* una tarde de marzo. Viajaban de Boston a New York, llegaban a Newport y a New Orleans también. Aún se sentía el frío y los marineros emparchaban velas, reforzaban cabos y ordenaban los últimos bultos de la bodega porque Mr. Blake quería zarpar ese domingo. Subí tras el perro de Mc Coll y jugaba con él entre las cuerdas y los marineros. Igual pasó muchas veces antes. De la cocina llegaba el olor fuerte de la comida que estaban preparando y los dos terminamos ahí: le tiraron unas cáscaras; me quedé mirando hasta que me aplastaron el hombro con una mano y tuve delante una escudilla llena de esa sopa, bueno, ya sabes, comida de marineros, que tragué de golpe, sin sentir que me quemaba. Me agarré fuerte de una madera para toser hasta quedar de rodillas: un hombre, después de las risas, me preguntó si me había gustado. Sí, de verdad estaba rico, pero tan caliente y picante.

Lávame esto, dijo el hombre señalando una pila de escudillas y jarros mugrientos, me los lavas bien.

Era oscuro cuando terminé de lavar. ¿Dónde vives? En la barraca.

¿Y qué haces? Todo, sé hacer todo y conozco los barcos (y entonces creo que me avergoncé y miré el piso).

¿Te gusta la barraca, o te quieres venir con nosotros? (No contesté.)

Es el de la taberna de Mc Coll, dijeron atrás. ¿Es hijo de Mc Coll?

No, está solo.

¿Quieres venir?

Esto que te contaré debió de ocurrir en el año tres, o en el dos, dice don Guillermo y se acomoda en la silla. Hasta entonces mi vida corría en el Caribe, y si lo conoces sabrás que no estaba aburrido. Tanto loco suelto, con o sin bandera.

Pero seguías con el americano, el que te engendró en la vida marinera. ¿Seguías con él?, pregunta interesado Pat.

Estuve con él mucho tiempo; recorríamos la costa atlántica entre un puerto y otro, cruzábamos el océano hasta la misma Rusia; y las Antillas. En las Antillas conocíamos a todos, quién era el capitán, cuál la bandera; y todos nos conocían. Ya te dije que empecé ayudando en la cocina, después hice todo lo que hace falta hacer en un barco y el paso del tiempo y la generosidad de los capitanes me puso a mí en ese lugar. Capitaneaba un bergantín que viajaba desde Newport hasta Jamaica y Antigua con una carga especial: franceses prisioneros, y aunque íbamos sin custodia no había nada que temer, el Caribe se parecía mucho a un mar privado de los ingleses. El resultado ya lo sabes: nos sorprendió un barco francés más grande, más fuerte, mejor armado. Fuimos conducidos al puerto de Lorient, y aunque pagué una garantía en dinero terminé tirado en una celda estúpida en Metz. ¿Estuviste ahí? No importa, no hay nada que hacer, más que contar las horas al principio y después los días, algunos ejercicios para que las piernas y la cabeza sigan funcionando.

Mientras flexionaba brazos y piernas cantaba canciones que había escuchado a mi abuelo. Un joven oficial que tenía a su cargo la guardia del lugar escuchó mis canciones y empezó a interesarse por

mí. Tú no eres inglés, recuerdo que me dijo. Me contó la historia de su padre, un irlandés revolucionario que se pasó al continente cuando fracasó la rebelión. Ya sabes cómo es Irlanda, siempre hay rebeliones, y todas terminan igual. Y ahora él era un oficial francés, hijo de rebelde irlandés, mi carcelero, enternecido por mis canciones; algo empezó a funcionar en mi cabeza. La comida y la ropa corrían por cuenta de la mujer de este muchacho, que resultó ser también hija de unos irlandeses; ella tenía que ser mi salvación, aunque estuvo a punto de ser mi muerte, y yo la de ella. Lo imagino, dice Pat, seducción, amor, fuga.

Puro romanticismo; y sin embargo es verdad. Comenzó siendo mi estrategia para fugarme, pero después planeábamos con la mujer que por fin sería esa noche, cuando el marido comiera un guiso abundante bien mojado en vino. Pero el hombre comía su guiso, bebía hasta dormirse y en su ronda de la mañana todo estaba en orden, y yo en mi celda, y la mujercita en su alcoba. Creo, Bill, que hay algo que te hace agigantar los recuerdos, ¿o quieres que crea que la mujer había pasado la noche en la celda?

Yo mismo, que lo viví, temo a veces que no haya sido verdad.

Pero sé que fue de esa manera porque una mañana, cuando desperté vestido con la chaqueta de oficial francés que la mujer me trajo a la noche, comprendí que el carcelero llegaría de un momento a otro, y que su esposa estaba ahí, conmigo. Creo que debimos resolver todo en pocos minutos, ella buscaría aparecer en la cocina del modo más natural que fuera posible, mientras yo trataría de alcanzar un viejo molino, junto a un río cercano, para esperar la ayuda de la noche. Todo estuvo bien hasta llegar al molino; ahí, en ese lugar donde esperaba no encontrar a nadie, tuve la mala fortuna de topar

con un teniente que, según parece, había tenido una noche con tanto amor como yo y tanto vino como mi guardián. Me vio antes de que pudiera esconderme, y con gestos y gritos me invitaba a acercarme a él. ¿Qué podía hacer yo en ese momento? ¿Correr con todas mis fuerzas aunque sin saber hacia dónde, porque no conocía el terreno, o aceptar la invitación del borracho y dejarme atrapar como un corderito?

Pensé en distraerlo por un minuto y sacármelo de encima con un buen golpe, pero borracho y todo el hombre tomó algunos recaudos: quiso saber quién era yo, de qué regimiento, qué misión cumplía a esa hora y en ese lugar, en fin era verdaderamente inoportuno con su interrogatorio, y alguna palabra en inglés que se escapó de mi pobre vocabulario de emergencia, delató mi condición. Dispuesto a atraparme a toda costa, el teniente gritaba pidiendo auxilio y por más que le pegara no conseguía hacerlo callar. No era un buen día para mí, porque ese molino que debía estar abandonado no lo estaba, y de ahí salieron dos o tres, no lo recuerdo ahora, y todo fue inútil.

Comencé a correr, sin saber con qué rumbo, con la única esperanza de que los perseguidores fueran flojos de piernas. Pero para entonces ya estaba alarmada la gente de la zona y tuve suerte de salir con vida. Me acorralaron contra un corral, me ataron con cuerdas.

¿Y de vuelta a Metz?, quiere saber Pat.

Sí, pero por unos días. No recibí comida, sino apenas un tazón de caldo, y no era la mujer quien lo traía, y en cuanto pudieron me cargaron en una carreta y me llevaron a Verdún.

Dame vino.

Esa otra ciudad, quiere saber Pat, esa Verdún, ¿dónde queda?

También es en Francia, igual que Metz, pero sobre el río Meuse; cambié las orillas del Mosel por el Meuse. Y cambié una cárcel con una cocinera cariñosa por otra donde un carcelero tan conversador como un buey me dejaba una vez por día una escudilla que no alcanzaría para una pequeña laucha.

Te dejaron sin amor y sin comida. No sé qué será peor.

Sin comida el cuerpo no resiste.

¿Pero quién resiste sin mujer?

Tal vez pensando en eso, pensando en la mujer del carcelero de Metz, pensando en mirar el sol de frente y comer la hoja fresca de un árbol; el caso es que demoré un día y una noche en pensar un plan y ponerlo en marcha. Estábamos en invierno, y el carcelero traía carbón para la estufa. Se ocupaba más del carbón que de mi comida. Con el atizador comencé a hacer un agujero en la pared, al otro lado había un inglés, el coronel Cluchwell, y con él escaparíamos de Verdún.

Llevaba conmigo la Union Jack, y la colgué tapando el catre. Debajo del catre trabajé cada noche, después de la última pasada del carcelero, hasta tener un hueco por donde pudo pasar el coronel.

¿Y los escombros? ¿Nunca los vio el carcelero?

A la madrugada, antes de la primera revista, limpiaba y metía los escombros en el baúl debajo de la ropa.

Y todo protegido por la Union Jack.

Cuando nos fugamos, dejamos el baúl con la ropa y los escombros,

y dejamos la Union Jack colgada. Armamos una sogá y nos largamos a una azotea que teníamos debajo. No sé si alguna vez corrí tanto como entonces, y mi compañero, después de cruzar el río, se negaba a seguir adelante.

¿Lo dejaste?

No podía. Si la vigilancia descubría pronto nuestra fuga, y salían a perseguirnos, lo primero que registrarían sería el río. Y si atrapaban al coronel yo no podría durar mucho tiempo libre. Lo tumbé de un golpe en la mandíbula y me lo cargué a la espalda. Así recorrí tanto como pude, y a la noche nos protegimos en un galpón. Pasamos el día siguiente escondidos ahí, y al anochecer partimos de nuevo. Así estuvimos, caminando de noche y escondiéndonos de día, hasta cruzar la frontera.

La duquesa de Wurtemberg, de la familia real inglesa, nos dio protección y así estuvimos de regreso en Londres.

¿Eso cuándo fue?

Llegamos a Londres para la navidad de 1805. Entonces conocí a Elizabeth, y en el verano de 1809 nos casamos, en la Iglesia de Saint George, en Londres.

No me interesa, Pat, más que este pedazo de tierra para cultivar alfalfa y peras y la amistad de estos vascos de La Boca que tan bien me trataron cuando ni ellos ni yo éramos otra cosa que liebres tratando de que no nos comieran los ejércitos españoles. Todavía no estaba por estos lugares, pero podría contarte día por día, persona por persona, lo que hicieron los extranjeros, igual que yo de extranjeros, tan extranjeros a esta ciudad como Larrea o Saavedra, de otro lado todos, y cuánto hicieron ellos, no digo Larrea ni Saavedra, se dijo tanto de lo que hicieron ellos, ellos digo los vascos, y unos genoveses que construyeron para la flota algo parecido a un astillero, y armaron con la primera artillería estos barcos que no servían ni para sueños de piratas, con cuánta, ¿será ansia la palabra adecuada?, ¿o furia?, no digo patriotismo porque entonces ninguno pensó en patria. ¿Qué pensarías, Pat, si te dijera patria?

Old green Ireland, susurra Pat.

También ellos, y yo. Entonces yo pensaba en *Ireland*, y la soñaba verde, ni gris ni negra como la he visto, verde.

Ireland es verde porque la soñamos así, aunque sea gris de temores o roja de sangre. Este país también tiene esos colores, tiñe con rojo o con celeste los diarios y las mesas desde que empezó a querer que lo llamaran patria, y peleaste entusiasmado por él.

Creí que estábamos construyendo una patria. La única que sirve es la libertad, es la única patria que sirve. Lo demás son mentiras que les contamos a nuestros vecinos, a los niños, y los obligamos

a creerlas. Genoveses, vascos, yo, algún criollo, armamos buques de la mañana a la tarde y a la noche pedíamos a Dios que no se hundieran por el peso. Con eso inventamos nuestra patria, hicimos la libertad, que es tener un lugar donde te conozcan por lo que amas, y qué cosa sino amor es pasarse horas cargando víveres en un barco que no tripularás, sabiendo que si la campaña triunfa no estarás en la lista, y que, de hundirse, no tendrás ni el honor de los héroes ni el placer de la aventura propia de los marinos. Cultivo esa amistad porque no podré pagar nunca con dinero el amor artesanal que pusieron en cubierta, ni los guisos que comimos bajo los sauces, ni estas calabazas envidiables que me regalan cada año, aumentando cada año mi deuda.

Esos sí que fueron buenos partidos de truco. Con pocos barcos y menos tripulación, casi ninguno conocía las leyes de la navegación: algún paraguayo, un correntino tal vez, y los europeos. De señales de navegación sabían poco pero eran expertos en naipes. Esos que se usan por acá y que trajeron los españoles. Con naipes fue más fácil. Con naipes armamos las señales y con cada naipe los criollos sabían cuál era la maniobra. Ese fue un buen truco. Un truco en el que la seña era el naipe. No hizo falta ocultar, sino mostrar. Y al mostrar ocultábamos a los brasileños, ingleses, franceses, nuestras cartas, nuestros movimientos. Así, con poca gente y menos experiencia, ganamos partidas una y otra vez.

Genoveses, vascos, británicos, ¿dónde estaban los criollos?

¿Cuándo? Hoy hablamos de los criollos. Somos un invento de nuestra tozudez, puedes imaginarte: vascos con irlandeses, buena

cruza para aventuras imposibles. Ahora somos criollos, pero lo que entonces queríamos era libertad, y no soy yo el que puede decirte que éste sea el país por el que dirigí tantas maniobras navales, por el que dejé tantos días, por el que vi morir a los más queridos.

A Greenfell le dijiste que te alcanzaba con esto. ¿No hubieras preferido ser el almirante de un imperio? Estarías lleno de medallas con ese Pedro.

¿Qué te da un imperio? ¿Cuánto te roba? ¿Ser soldado de un imperio como el que arruinó a nuestros abuelos? ¿Para eso viajé tantas millas en el mar? Hubiera seguido allá la carrera que comencé de guardiamarina, para ser almirante de la corona británica, perseguir a los revolucionarios irlandeses, bloquear el puerto de Buenos Aires.

¿Hubiera podido hacer esto? No sé si es el país por el que combatí tanto, pero sé que no hubiera podido hacer lo mismo a favor de Gran Bretaña.

Si hay un país por el que no daría ni un escupitajo, eso es Gran Bretaña. ¿O te olvidas de todas las veces que quisieron envenenarme, del tiempo que me tuvieron preso en Las Antillas, en Londres?

No digo ahora, que estoy tan...

Todavía te quedan batallas, viejo Bill.

¿Batallas? Con mis pesadillas me queda batallar. No más abordajes, se acabaron los puertos: me queda un barco nada más y ahí no seré el capitán.

¡Salud, mixtos y chingolos de las Barracas, zorzales, bichofeos, torcacitas, picaflores, calandrias, horneros! ¡Buenas noches!, ¡jilgueros, ratonas, gallaretas y chorlitos. Vamos a dormir, que el sol se nos fue por atrás del camino real, atrás de la iglesia de San Pedro. Hay sombra en los jardines, en el alfalfar, allá abajo, en el tragaleguas, estarán los negros apurando un churrasco o el último cimarrón. Hay sombras también en mi cabeza; el vino ha sido malo, o fue mucho.

Mitre quiere esas Memorias. Yo quisiera tener memoria de algunas cosas, de tanto me olvidé en estos años de recuerdos. Mitre busca hechos gloriosos, cimientos de la patria que taparon los incendios de las palabras y los galopes de las montoneras. No puedo inventar una Memoria; lo que escribo para Mitre puede escribirlo cualquiera, no importa que haya estado en ese mar, ni en uno solo de los barcos, lo que escribo para Mitre pudo haber sido escrito ya; creo que no hago sino copiar cada página de un libro abierto delante de mis ojos.

Todos saben que una vez estuvimos presos de la tormenta en el Estrecho, buscando el Pacífico entre nieves y olas gigantescas, y que seis marinos se fueron cuando pisamos tierra, prefirieron morir de hambre en el desierto antes que ahogarse con nosotros. Todos saben que ése fue el comienzo de una travesía que Drake hubiera querido para él y que terminó como no termina el peor de los piratas. Mi barco y mi botín disputados por ingleses y españoles mientras se me enfriaban los huesos en la cárcel de Buenos Aires gobernada por mediocres

y envidiosos. Eso todos lo saben, cualquiera puede contarlo.

Mitre mismo podría hacerlo.

Ya conté bastante en mis Memorias, con la ayuda de Guido. Conté las acciones contra los españoles y contra los brasileños. No conté mi sufrimiento y el de mi familia cuando quedé demorado primero en Londres y preso después en Buenos Aires.

Mientras yo peleaba por rescatar mi nave de los ingleses, mi esposa no recibía ningún apoyo del gobierno para alimentar a los niños. Debí huir, de noche y sin permiso, para poder encontrar en Londres la ayuda que le negó el Directorio.

No conté en las Memorias, no contaré a nadie, que cada cosa que hice fue porque creo que es posible la libertad, a pesar de cuestiones mezquinas de gentes que pensaron en una patria que los tuviera por dueños.

No pude combatir en la Vuelta de Obligado. Estuvo Eduardo, mi hijo, y fue como si hubiera estado yo. Después de haber defendido el pabellón, los que gobiernan le quitaron el grado militar, eligió otro lugar para vivir y así murió. Su viuda vive de lo que yo le puedo enviar. No contaré eso en las Memorias.

No sé si Mitre puede contar esta historia. Él es del país de ahora, y no sé qué es este país ahora. Mitre debe de saber. Mitre podrá contar la historia, hacer mi historia de batallas, el recuento de triunfos, una lista de derrotas si hubo, un registro completo de naves y capitanes, fechas y corridos. Lo que los historiadores no alcanzan a explicar son los porqués, por qué cuarenta años (o menos, no recuerdo) fui y volví al combate, por qué nunca dije basta, por qué no me quedé a criar caballos.

Si Mitre diera en un libro los motivos que tuve para capitanear las naves argentinas tantas veces, con honras y humillaciones, los daría por buenos; es bueno encontrar explicaciones. Pero si salía a buscar explicaciones, ¿hubiera encontrado a los ingleses, a los brasileños?

Cada vez que cargo la pluma, en una de esas pausas, líneas en blanco en el papel, aparece todo lo que no figurará en las Memorias para Mitre: el miedo cuando la fragata queda varada y el enemigo crece, las energías escasean y viene la tarde. ¿Qué historia se escribe con debilidades, si es la historia de los fuertes lo que se escribe? De poco le servirá a Mitre saber que en Guayaquil, cuando alcé la copa de vino en la mesa del gobernador-carcelero-anfitrión español, pedía Dios otra oportunidad para abrazar a mis hijos, y me reclamé por no haberme dado esa oportunidad. Levanté la copa y ahí estaba la tropilla de Quilmes, la madrina blanca la llevaba por un corredor de alisos, mi hijo señalaba el tobiano; ahora no, creo que dije; el gobernador me pidió por favor haga usted ese brindis y el señor obispo miró con sorpresa la mano del que al día siguiente sería cadáver. Losteros remaban en un cielo de tormenta y el jefe, centro de la uve gritaba, pedía un esfuerzo más. ¿Por qué vuelan?, preguntó mi hijo; escapan de la tormenta, ellos saben hacerlo, deberíamos aprender. Mi hijo preguntó qué buscaba; lo escuché preguntando eso. Entonces dije que sólo quería paz, *I need peace*. Yo también, *daddie*, quiero pis. Señor obispo, brindaremos por todos nosotros, a los que Dios nos regaló el milagro de la vida y la gratificante oportunidad de esta cena.

¡Salud! Pájaros, vamos a dormir. Nadie creerá lo que digo.

Mitre no lo entenderá. Ya dije bastante, hice suficiente para que me llamen loco, no se los daré por escrito.

Es este vino, Pat que me hace decir cosas que nadie creerá.

¿Quién trajo esto?

De Quilmes, Bill. Tus amigos de Quilmes los mandaron.

Los caballos que les regalé, ¿eran buenos?

Sí, Bill, de los mejores.

¿Y así nos retribuyen?

Lo que tomamos hubiera emborrachado a la tropilla entera.

Tira todo, vinos y copas.

Nos quedaremos sin copas.

Tenemos los jarros.

Estuvimos tomando en los jarros.

Ya ves, no hacen falta las copas y estos papeles tampoco. Dáselos a Mary Agnes. Serán más útiles agregando fuego en la cocina que alimentando la imaginación de Mitre, que ya tiene suficiente para contar su historia.

El Capellán de los Católicos Irlandeses.

Buenos Aires, marzo 3 de 1857.

Al señor ministro de Guerra y Marina,
coronel don Bartolomé Mitre.

El infrascripto, capellán de los católicos irlandeses, tiene el honor de informar a V.E. para conocimiento del superior gobierno que a las doce de la noche dejó de existir el brigadier general don Guillermo Brown.

Animado por los consuelos que presta nuestra Santa Religión, él esperaba con la dignidad y serenidad más tranquila su última hora, y entregaba su alma en manos del Creador, poseído de la más ilimitada confianza en la misericordia divina. Él fue, señor ministro, un cristiano cuya fe no pudo conmover la impiedad, un patriota cuya integridad la corrupción no pudo comprar y un héroe a quien el peligro no pudo arredar.

Él frecuentemente manifestaba al infrascripto su gratitud al gobierno que le facilitaba gozar el *otium cum dignitate* en su avanzada edad, y también a S.E. el señor gobernador por las simpatías que le había significado en los últimos días de su enfermedad.

En medio de la angustia y desconsuelo que agobia a la viuda y sus niños, el infrascripto se permite anunciar que ellos esperan la disposición del gobierno respecto a su entierro.

El infrascripto se congratula de esta oportunidad para manifestar el testimonio de su respeto y distinguida consideración.

Dios guarde a V.E. muchos años.

ANTONIO D. FAHY